ARSA
50 cents
¡QUE TRABAJE RITA!
DISPARATE CÓMICO EN TRES ACTOS
DE
A. ESTREMERA
R. GARCIA VALDES
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Cubierta de este número:

Carmen L. Solís, de la Compañía Loreto Chicote

9268

¡QUE TRABAJE RITA!

ANTONIO ESTREMERA
Y RAFAEL GARCIA VALDES

¡QUE TRABAJE RITA!

DISPARATE COMICO EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL

Estrenado en el teatro Cómico, de Madrid, el día 31 de enero de 1931.

DIBUJOS DE
M. PRIETO

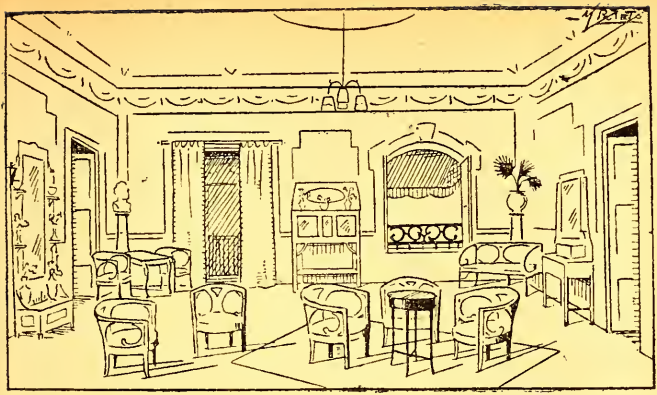
LA FARSA

AÑO V | 1 DE AGOSTO DE 1931 | NÚM. 203
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Romana	Loreto Prado.
Guadalupe	Consuelo Nieva.
Doña Micaela	Julia Medero.
Fifí	Pepita del Cid.
Juanita	Emilia del Cid.
Benita	Luisa Melchor.
Valentina	Amalia Anchorena.
La Renacuajo	Carmen L. Solís.
El Chirri	Natividad Rodríguez.
Ulpiano	Enrique Chicote.
Deogracias	Fernando Aguirre.
Ortigosa	José Cuenca.
Don Servando	José Lucio.
El Presidente, señor Manzanares	Roberto Recober.
El Fiscal	José Sampietro.
Benalúa	Francisco Melgares.
Bonifacio	Gómez Romero.
Regúlez	José Delgado.
Venancio	José Delgado.
Un chófer	Luis García.
Un alguacil	José Delgado.

La acción en Madrid.—Epoca actual.—Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

La escena representa un despacho instalado en la planta baja de un hotelito situado en las afueras de Madrid, perteneciente a una de esas colonias de viviendas baratas. Es un edificio de los construídos en un solar reducidísimo, y sus habitaciones son sumamente pequeñas, aunque en apariencia, y por contraste, quiere haber en ellas cuantos detalles constituyen el moderno confort. Todo aquello, que es pequeño, raquítico y hasta ridículo, se adquiere pagando una módica cantidad mensual, que, al cabo de algunos años, confiere al inquilino la propiedad del inmueble. El despacho que nos ocupa, siendo pequeño, es, no obstante, la habitación más espaciosa de la vivienda. Una puerta lateral a cada lado. La de la derecha da acceso a otras habitaciones de los señores y la de la izquierda conduce a la cocina, dependencias, etcétera. Al foro izquierda, gran puerta de entrada, formando medio punto, que pone en comunicación el despacho con el "hall". Este es pequeñísimo y en él está la puerta de entrada del hotel, que da al jardín, y el arranque de una estrechísima escalera, que sube a la planta superior. Al foro derecha un gran ventanal por el que se ve el jardín, también reducidísimo, en el que se verá un único árbol, delgado y poco poblado de hojas. Al fondo, y como a un metro de la fachada del hotel, se verá la tapia del jardín que da a la carretera. Entre la puerta de entrada y la de la izquierda, estantería con varios libros. Delante del ventanal, mesa de despacho con sus útiles y su correspondiente sillón. Cuadros por las paredes, objetos de arte convenientemente repartidos y sillas de despacho diseminadas por la escena. En la puerta de entrada habrá una cortina que al correrse separa el "hall" del despacho. Al levantarse el telón, dicha cortina está plegada y el ventanal abierto de par en par. La acción en una mañana de primavera.

611315

(Al levantarse el telón, BENITA, doncella joven y agraciada, revuelve los libros de la estantería como buscando alguno detrás de ellos y dando muestras de gran agitación.)

BENITA.—*(Gritando y como respondiendo a una persona que estuviera en otra habitación.)* No, señor. Que aquí no está.

DEOGRACIAS.—*(Dentro, gritando también y nervioso al parecer.)* Pero Benita... ¿Traes el frasco de sales o no lo traes?

BENITA.—¿Pero no le estoy a usted diciendo que no está?

DEOGRACIAS.—Mira a ver detrás del Alcubilla.

BENITA.—*(Que ha entendido mal.)* ¿De qué alcobilla? ¿De la del piso de arriba?

DEOGRACIAS.—*(Por la derecha y sumamente agitado. Es hombre de unos sesenta años.)* He dicho Alcubilla, que es esa obra de varios tomos que está en el despacho. Alcubilla es una cosa y alcobilla es otra.

BENITA.—Alcobillas son todas las habitaciones de dormir de este hotel..., u lo que sea.

DEOGRACIAS.—*(Enfadado.)* Hotel, ¿lo oyes? Este es un hotel con todo confort, de los mejores de esta colonia. ¡La habéis tomado con el hotel, a sabiendas de que esto constituye el sueño de toda mi vida.

BENITA.—Bueno, bueno... No se enfade usté..., y conste que el frasco de las sales no está aquí.

ULPIANO.—*(Desde dentro y dando gritos de angustia.)* ¡Ti... ti... tío! ¡Ti... ti... tío!

DEOGRACIAS.—Está visto que no puedo dejarle solo... *(Gritando.)* ¡Voy!

BENITA.—¿No está mejor?

DEOGRACIAS.—Sigue excitadísimo... ¡Malditos nervios!

BENITA.—¿Le ha dao usté esa otra cosa?

DEOGRACIAS.—¿Qué cosa?

BENITA.—Eso que le dicen una cosa así como que *pa ti es módica,* pero que pa nosotros resulta carísima.

DEOGRACIAS.—¡Ah, sí! La antiespasmódica. Se la he dado, pero no le ha hecho efecto.

BENITA.—¿Y eso otro del muro?

DEOGRACIAS.—¿El bromuro? También lo ha tomado, y nada.

BENITA.—¡Qué espanto! ¡Pobre señorito!

ULPIANO.—*(Con la misma angustia de antes.)* ¡Ti... ti... tío! ¡Ti... ti... tío!...

DEOGRACIAS.—¡Voy!... *(Inicia el mutis.)* Mira, Benita, ya que no encuentras las sales, llévame el agua de azahar. *(Vase derecha.)*

BENITA.—¿Y ande está el agua de *azarar?*... Me parece que la botella se quedó ayer en la cocina. (*Llamando en la puerta de la izquierda.*) Valentina, mira a ver si está ahí el agua de *azarar*... ¿Has oído?...

VALENTINA.—(*Dentro. Saliendo. Es una cocinera joven y descarada.*) He oído; en la cocina, de azarar no hay más que el fogón, que no le enciendes ni aun hablándole de la baja de la peseta.

BENITA.—Pero ahora que caigo. Me parece que se quedó anoche en el cenador del jardín. Se lo preguntaré a Bonifacio, el jardinero.

VALENTINA.—No le llames, que tié mucho que hacer. Me dijo hace un momento que iba a regar los árboles.

BENITA.—Sí, pero como no hay más que uno, pué que haya concluído. (*Llamando por el ventanal.*) ¡Bonifacio!...

VALENTINA.—¿Te contesta?

BENITA.—¡¡Bonifacio!!

BONIFACIO.—(*Asomando la cabeza por el ventanal. Es un hombre completamente cerril.*) ¿Qué s'ha roto?

BENITA.—¿No ha visto usté en el cenador una botella, que me parece que nos la dejamos olvidada anoche?

BONIFACIO.—¿Cuála?... Una de cristal azulao, de cuello estirao y que en vez de tapón tié un gorrito atao?

VALENTINA.—La misma.

BONIFACIO.—Pues no me he fijao.

BENITA.—Por las señas que da usté, no lo parece.

BONIFACIO.—Digo que no me he fijao si tié algo de líquido, que pa mí no lo tiene, porque esta mañana se me cayó al suelo y se hizo añicos.

DEOGRACIAS.—(*Saliendo.*) No habléis alto, que me parece que se ha quedado un poco traspuesto. Bueno, ¿y esa botella?

VALENTINA.—Bonifacio la ha roto.

DEOGRACIAS.—¡Por vida de...!

BENITA.—Se quedó anoche en el cenador y se conoce que en un descuido...

BONIFACIO.—Na de descuido. Lo que pasa es que como aquí to es tan reducidísimo, pues quiere decirse que en el cenador puedo estar yo o puede estar la botella; pero la botella y yo no cabemos, y claro, he entrao yo y se ha caído ella. Como si hubiá entrao ella. Me caigo yo.

BENITA.—En eso tie razón.

DEOGRACIAS.—Bueno, bueno..., ¿ha regado usted los rosales?

BONIFACIO.—No, señor; no se puede...

DEOGRACIAS.—¿Por qué?

BONIFACIO.—Porque como están pegaos a la tapia, si se riega, se cae la tapia. Ayer probé y se vino un cacho abajo. En fin, me voy a la parte de atrás, que creo que apunta un tomate y tengo puestas en él toas mis ilusiones... ¡Aquí viene la señora del hotel d'al lao y su hija... (*Desaparece por la ventana y vanse Benita y Valentina. Por el foro entran DOÑA MICAELA, que es una señora que frisa en los cincuenta, pero de muy buen ver, y su hija GUADALUPE, joven y bella. Ambas visten trajes de estar en casa.*)

MICAELA.—¿Qué, don Deogracias, cómo está Ulpiano?

GUADALUPE.—¿Se le ha pasado el ataque? Yo, por si acaso, le traigo el frasco de las sales. (*Lo lleva en la mano.*) Le hemos oído a usted pedirlo.

DEOGRACIAS.—Muchas gracias. Por ahora no es necesario. Pero siéntense ustedes.

MICAELA.—Sólo un momento. (*Se sientan.*)

GUADALUPE.—¿De modo que al pobre Ulpiano se le han desatado los nervios?

DEOGRACIAS.—Sí, Guadalupe. Se le han desatado y aún los tiene sueltos. En esto de los nervios es un as. En un concurso de nervios se llevaría una copa. Claro que en seguida la haría cisco, pero se la llevaría.

MICAELA.—¿Y qué cuadro sintomático presenta?

DEOGRACIAS.—El síntoma más constante es la tartamudez.

GUADALUPE.—Eso ya lo hemos notado.

DEOGRACIAS.—Después viene el silbido. Empieza silbando el "soldadito español" y termina cantando a toda voz. Y en algunas ocasiones, como la presente, su furor estalla, y él mismo se golpea y se contusiona.

GUADALUPE.—¡Pobrecillo!

DEOGRACIAS.—Esta mañana, después de atizarse seis bofetadas que las podría firmar Uzcudun, le ha dado por embestir con la cabeza al reloj de bronce que tengo en la mesa.

MICAELA.—¿Pero qué adelanta con eso?

DEOGRACIAS.—¡El, nada; el reloj, un cuarto de hora a cada embestida!

GUADALUPE.—Y ahora, ¿cómo está?

DEOGRACIAS.—Pues ahora está en las ocho de la noche.

MICAELA.—Pero bueno, ¿esos ataques no obedecen a ninguna causa?

DEOGRACIAS.—Sí, señora. Le dan cuando recibe una impresión desagradable; una mala noticia.

GUADALUPE.—¿Entonces hoy...?

DEOGRACIAS.—Hoy, a primera hora de la mañana, se ha enterado de la sentencia recaída sobre la procesada que defendió hace unos días..., una mujer a quien llaman de apodo "La Canastera".

MICAELA.—¿Y se la han condenado?

DEOGRACIAS.—¡A cadena perpetua nada más, señora! El fiscal solicitaba la pena de seis años y un día; pero los jueces, después de oír el informe de defensa que pronunció Ulpiano, estuvieron dudando si condenarla a cadena perpetua o a muerte... Afortunadamente se contentaron con la cadena.

MICAELA.—¡Qué espanto!

DEOGRACIAS.—Pero para mi sobrino es una catástrofe. Mejor dicho, la ruina.

GUADALUPE.—Tanto como eso...

DEOGRACIAS.—Es fácil que la condena de "La Canastera" le haya costado un millón de pesetas.

MICAELA.—¡Jesús!

ULPIANO.—(*Dentro.*) ¡Ti... ti... tío!...

DEOGRACIAS.—¡El! Me llama... Con permiso de ustedes, un instante... Me llevaré las sales por si acaso. (*Vase por la derecha.*)

MICAELA.—¿Has oído, Guadalupe?

GUADALUPE.—Sí, mamá.

MICAELA.—¿Y eso del millón de pesetas, sabes algo?

GUADALUPE.—No lo sé.

MICAELA.—De todos modos supongo que por lo que acaba de decir don Deogracias, te habrás convencido de que el tal Ulpiano es un besugo.

GUADALUPE.—Sí, pero me gusta...

MICAELA.—Te gusta el besugo... ¡Pobre hija mía! Sales a mí... Esas mismas aficiones demostré yo cuando me puse en relaciones con tu padre.

GUADALUPE.—Por Dios, no digas eso...

MICAELA.—Insisto en que Ulpiano no te conviene y, además, no te hace caso...

GUADALUPE.—(*Con tristeza.*) Ya lo sé.

MICAELA.—Ya sabes que su vocación era la iglesia, y no ha cantado misa porque un tío suyo muy rico le obligó a que fuera abogado y hasta sufragó los gastos de la carrera.

GUADALUPE.—Lo sé, mamá, lo sé; ¿pero qué culpa tengo yo de haberme prendado de él?... Me resulta interesantísimo... Sobre todo cuando se pone nervioso...

MICAELA.—Hija mía, eres más excéntrica que Pompof y Thedy.

GUADALUPE.—Sobre gustos no hay nada escrito... Además, ¿qué de particular tiene que a mí me guste el sobrino, lo mismo que a ti te agrada el tío?

MICAELA.—¿Don Deogracias... a mí?

GUADALUPE.—A ti, sí..., y tú a él... Que a mí no se me escapa nada.

MICAELA.—¡Jesús! ¡Jesús!

DEOGRACIAS.—*(Saliendo.)* Por fortuna, parece que ya está más calmado. *(Mirando por el ventanal.)* Pero, ¡calle! Aquí viene don Servando Bolaños, un hombre riquísimo, pero muy desgraciado.

(BENITA aparece en el "hall" cediendo el paso al recién llegado.)

BENITA.—El señor Bolaños. *(Hace mutis.)*

DEOGRACIAS.—Adelante, don Servando, adelante.

(Por el foro entra DON SERVANDO. Es un hombre de más de cincuenta años. En su rostro, en su manera de hablar y en todos los detalles demuestra una honda tristeza.)

SERVANDO.—*(Abrazando a Deogracias, casi sollozante.)* ¡Don Deogracias!

DEOGRACIAS.—¡Don Servando!

SERVANDO.—Esta mañana me he enterado de la sentencia, y vengo consternado, anonadado, desconsolado...

DEOGRACIAS.—¡Qué quiere usted! ¡La fatalidad! Pero ante todo... *(Presentando.)* Mi vecina la señora viuda de Meléndez y su hija.

SERVANDO.—Señora..., señorita...

MICAELA.—Caballero...

SERVANDO.—No digo que tengo mucho gusto en conocerlas, porque yo no tengo gusto para nada; pero me postro a sus pies.

DEOGRACIAS.—Aquí, mi amigo don Servando, vive bajo el peso de una pena, que lacera su espíritu.

MICAELA.—Eso es lo peor.

SERVANDO.—Yo, señora, que antaño fuí un parque de diversiones bullicioso y jocundo, hoy soy una necrópolis fría y silente.

GUADALUPE.—¡Pobre señor!

MICAELA.—¿Y hace mucho tiempo que sufre usted?

SERVANDO.—Veintidós años... Los años que tendría mi desventurado vástago...

MICAELA.—¡Ah! ¿Ha perdido un hijo?

DEOGRACIAS.—Al contrario: no le ha encontrado.

MICAELA.—No comprendo...

SERVANDO.—Es muy sencillo, señora. Un día, allá en mi borrascosa juventud, conocí a una joven... (*Fijándose en Guadalupe.*) ¿Puedo hablar?

MICAELA.—Hable sin temor. Mi hija es una muchacha moderna..., y lo escabroso es de muy buen tono.

SERVANDO.—Pues bien. Aquella joven era una hurí. Vivía con un hermano; el hermano era un sirvergüenza, y yo, un veleta.

MICAELA.—Comprendido.

SERVANDO.—Aquellas relaciones me duraron a mí lo que a ustedes una ondulación al agua. Volé un día...

DEOGRACIAS.—Y si te he visto no me acuerdo, que diría el poeta.

MICAELA.—¡Los hombres!

SERVANDO.—Un año escaso transcurrió, cuando un día recibí una carta, que llevo siempre sobre el corazón como un sinapismo..., y aquella carta decía... (*Saca una carta que, emocionado, entrega a Deogracias.*) Léala usted, don Deogracias.

DEOGRACIAS.—(*Leyendo.*) "San Luis de Potosí, enero 1908. Miserable, canalla..."

SERVANDO.—Ese soy yo.

DEOGRACIAS.—"Vine aquí emigrado de España, y por una carta, que acabo de recibir, me entero de que mi infeliz hermana..."

SERVANDO.—Esa era ella.

DEOGRACIAS.—"... ha muerto..."

GUADALUPE.—¡Qué horror!

DEOGRACIAS.—..."ha muerto, al tiempo que venía al mundo un ser, fruto de sus amores..."

SERVANDO.—(*Llorando.*) ¡Ese es mi hijo!

DEOGRACIAS.—"Ese fruto abandonado, ese vástago sin nombre es un producto de la mancha..."

MICAELA.—¿Es manchego?

SERVANDO.—Siga.

DEOGRACIAS.—"... de la mancha que echó usted en mi apellido. Reciba mi maldición." Firma, "Cipriano."

GUADALUPE.—Esa carta es horrible.

MICAELA.—¿Y usted no sabe de esa criatura?

SERVANDO.—Nada, señora, nada. Busqué, inquirí, indagué; todas mis pesquisas fueron inútiles.

MICAELA.—Y ese Cipriano, ¿no le ha vuelto a dar más detalles?

SERVANDO.—Veintidós años llevo escribiéndole a todas las repúblicas americanas y no he obtenido respuesta. Por eso la sonrisa se borró de mis labios. Pero no quiero entristecerles más con mis penas... Hagamos punto... ¿Y Ulpiano? ¿Cómo está?

DEOGRACIAS.—Me parece que sale aquí.

(*En efecto, por la derecha sale ULPIANO. Es un hombre de treinta y tantos años. Viene despeinado, con las ropas en desorden, los ojos desorbitados, como quien acaba de sufrir una crisis nerviosa.*)

ULPIANO.—(*Dando la mano a Don Servando y tartamudeando.*) Señor Bo... bo...

SERVANDO.—(*Ofendido.*) ¿Cómo bobo?

ULPIANO.—Bo... Bolaños...

DEOGRACIAS.—Es que tartamudea.

ULPIANO.—(*Saludando a Micaela.*) Doña Mi... Mi... Micaela... (*A Guadalupe.*) Gua... Gua... Gua...

SERVANDO.—¿Por qué ladra?

ULPIANO.—Guadalupe.

GUADALUPE.—¿Está usted mejor?

ULPIANO.—Estoy ca... ca...

SERVANDO.—¿Cómo?

ULPIANO.—Ca... casi bien. ¿No ve usted que esto es papa...?

SERVANDO.—¿Es fingido?

ULPIANO.—Pa... pasajero.

MICAELA.—Ya va hablando claro.

SERVANDO.—Bueno, Ulpiano. ¿Se puede hablar ya con usted?

ULPIANO.—Sí, señor.

MICAELA.—¿Está usted sereno?

ULPIANO.—A punto de coger el chuzo, señora.

SERVANDO.—En ese caso, dígame. ¿Qué le ocurrió? ¿Cómo ha sufrido este lamentable tropiezo en su carrera forense?

ULPIANO.—Los nervios, don Servando, los malditos nervios... Yo iba divinamente preparado; pero un accidente fortuito vino a alterar mi sistema nervioso y a descomponerme... Estaba terminando un párrafo recomendando a los jueces un poco de optimismo... "Es preciso que todos levantemos el espíritu—decía—. No juzguéis con severidad inusitada, que vues-

tra calidad de juzgadores no os obliga a que lo veais todo negro."

GUADALUPE.—¡Muy bonito!

ULPIANO.—Pues bueno, al decir que no lo vieran todo negro, di sin querer un manotazo al tintero, que fué a estrellarse contra la pared, salpicando al fiscal, a los magistrados y a mí mismo.

MICAELA.—¡Qué horror!

ULPIANO.—Aquello, más que una sala de justicia, parecía un jazz-band.

SERVANDO.—Y lo que es natural en usted, ese accidente, vino a nublar sus sentidos.

DEOGRACIAS.—Sí, se descompuso.

ULPIANO.—Empecé a hablar pestes de mi defendida, y así resultó aquello.

GUADALUPE.—¡Qué lástima!

ULPIANO.—Sí, Guadalupe... De no ser por el tintero, "La Canastera" estaría absuelta a estas horas.

SERVANDO.—Y usted en posesión del millón de pesetas que le legó su tío.

MICAELA.—¡Ah!, ¿era a eso a lo que antes se refería usted, don Deogracias?

DEOGRACIAS.—Precisamente.

GUADALUPE.—No lo sabíamos.

ULPIANO.—Pues se trata de un millón de pesetas que me ha dejado un tío mío y el cual no podré cobrar hasta que logre la absolución de un procesado, que es la condición que él impone. ¡Manías que hay!

MICAELA.—Pues ya lo logrará usted.

SERVANDO.—Es que el testamento marca un plazo.

ULPIANO.—Y lo malo es que ese plazo está ya próximo a extinguirse.

MICAELA.—¡Caramba!... ¿Y qué piensa usted hacer?

ULPIANO.—Yo he recurrido a varios amigos míos, rogándoles que cometan un delito pequeño, realizado en circunstancias favorables a la defensa.

GUADALUPE.—¿Y no ha conseguido usted nada?

ULPIANO.—Unicamente uno, que está en el Catastro, estaba muy animado a matar a su patrona, llevando como prueba de inculpabilidad un estofado de cordero, que era la absolución con toda clase de pronunciamientos favorables.

SERVANDO.—¿Y se ha vuelto atrás?

ULPIANO.—Sí, porque entre asesinar a la patrona o irse de la casa sin pagar, ha optado por esto último.

DEOGRACIAS.—Pues tú verás cómo te las arreglas. Es preciso que encuentres un delincuente en buenas condiciones. (*Dentro se oye un escándalo terrible de insultos, voces, etcétera.*)

MICAELA.—¿Qué es eso?

GUADALUPE.—¿Por qué será ese escándalo?

ULPIANO.—Como no haya venido Calvo Sotelo, no me lo explico.

DEOGRACIAS.—(*A Benita, que asoma por el foro.*) ¿Qué pasa, Benita?

BENITA.—¡Calle usté, señor, que los hay que debían estar en presidio!

ULPIANO.—Explíquese. ¿Qué ha sucedido?

BENITA.—Pues na, que un tío fresco ha saltao la tapia, por la parte trasera del hotel, y ha intentao llevarse el tomate.

ULPIANO.—¿Y se lo ha llevado?

BENITA.—No, porque le ha sorprendido Bonifacio el jardinero.

DEOGRACIAS.—¿Y qué?

BENITA.—Pues que el muy ladrón ha querido pegarle; pero Bonifacio, que tié los ojos puestos en ese tomate, porque dice que es el único que hay en la colonia, ha ido hacia él...

DEOGRACIAS.—¿Y le ha hecho cara?

BENITA.—Al revés. Se la ha deshecho de un puñetazo.

ULPIANO.—¡Ah, pues eso es poco! Hay que darle un revólver para que le pegue un tiro. ¿No se hacen ustedes cargo? ¿No me comprenden?... Allanamiento de morada, legítima defensa... y yo le defiendo... ¡Va a la calle!... ¡Va a la calle!... ¡Pronto, un revólver!...

MICAELA.—¡Un revólver!

GUADALUPE.—¡Un revólver!

DEOGRACIAS.—Sí, sí... Voy por él.

BONIFACIO.—(*Sacando la cabeza por la ventana.*) ¿Se han enterao ustés?

ULPIANO.—Espere un momento, Bonifacio, que ahora le va a dar mi tío un revólver para que le pegue un tiro a ese hombre.

BONIFACIO.—¡Que se lo pegue su tío!

ULPIANO.—¿Pero no le ha agredido a usted?

BONIFACIO.—Pero va bien servido. Le he puesto la cara, que cuando llegue a casa se van a creer que es una vesita.

ULPIANO.—Eso es poco. Le ha debido usted dar un tiro.

BONIFACIO.—¡De seguía!... Y mi hubián llevao tres o cuatro años a la sombra.

ULPIANO.—Es que yo le defendería.

BONIFACIO.—¡Pa que me dieran garrote! ¡Ca, hombre! (*Desaparece de la ventana.*)

BENITA.—(*En el foro, anunciando.*) El señor Ortigosa.

ORTIGOSA.—(*Entrando.*) Buenos días, señores, ¿se puede?

DEOGRACIAS.—Pase el ilustre relator de la Audiencia de Madrid.

ORTIGOSA.—Pero ante todo, estoy maravillado. ¡Menuda finca han comprado ustedes!

DEOGRACIAS.—Un hotelito a la moderna.

MICAELA.—Y con todos los adelantos.

ORTIGOSA.—¿Tiene muchas habitaciones?

DEOGRACIAS.—Las suficientes... Esta salita, que es lo único espacioso de la casa, el comedor...

ULPIANO.—En donde tenemos la mesa...

DEOGRACIAS.—Un despacho...

ULPIANO.—En donde tenemos el aparador...

DEOGRACIAS.—Y un gabinetito...

ULPIANO.—En el que están las sillas.

ORTIGOSA.—Entonces, ¿para comer necesitan usar las tres habitaciones?

ULPIANO.—Las tres habitaciones y un trozo de la carretera.

GUADALUPE.—¡Jesús, qué exagerado!

MICAELA.—No hace más que desacreditar nuestra colonia.

ORTIGOSA.—La que me parece algo estrecha es la escalera que arranca del "hall".

DEOGRACIAS.—Eso sí. Ha sido preciso desarmar algunos muebles para subirlos al principal.

ULPIANO.—El piano lo hemos tenido que subir nota a nota.

ORTIGOSA.—Y he visto que también tienen ustedes su pedacito de jardín.

ULPIANO.—Lo que se dice un pedacito.

SERVANDO.—¿Y esta finquita la han adquirido ustedes a plazos?

DEOGRACIAS.—Como todos los hotelitos de la colonia... Se dan quince duros al mes, y al cabo de cinco años es nuestro.

ULPIANO.—Es nuestro todo lo que quede, que me figuro que será muy poco.

DEOGRACIAS.—Esta es la colonia de casas baratas que tiene más porvenir.

ORTIGOSA.—La carretera es magnífica.

GUADALUPE.—Y el tren pasa muy cerca de aquí.

ORTIGOSA.—Sí, ya he visto un paso a nivel.

ULPIANO.—Por si nos faltaba algo.

DEOGRACIAS.—Y a menos de un kilómetro han construid una fábrica de aserrar maderas...

ORTIGOSA.—Bueno, señores. A lo que vengo.

DEOGRACIAS.—Diga, ¿qué le trae por aquí?

ORTIGOSA.—Aunque la noticia que les voy a dar es muy des agradable, me creo en el deber de advertirles...

DEOGRACIAS.—Hable usted, amigo Ortigosa. ¿Qué sucede?

ORTIGOSA.—Yo, como ustedes saben, vivo en mi hotel de Te tuán, que está muy próximo a la casa en que vivía "La Ca nastera", la defendida por usted, con sus familiares, gente d la peor calaña, que hasta están tildados de anarquistas.

ULPIANO.—Siga, siga usted.

ORTIGOSA.—Pues he sabido que al enterarse ellos de la sen tencia, de la que le culpan a usted, tratan de vengarse... Po allí se dice que le van a poner a usted una bomba.

GUADALUPE.—¡Qué horror!

ULPIANO.—¡Mi madre!

SERVANDO.—¡No hay que amilanarse!...

ORTIGOSA.—Al contrario... Y respecto a Ulpiano, lo que deb procurar es ir al desquite y lograr que le absuelvan un pro cesado.

SERVANDO.—¿Y en dónde está ese procesado?

ULPIANO.—No lo sé, pero vendrá..., porque yo le he pedid con todo fervor a San Dimas que me envíe un delincuente er buenas condiciones y... me lo enviará.

ORTIGOSA.—Deseo que así sea. Y una vez cumplido este de ber si no mandan nada, me retiro.

DEOGRACIAS.—Pero, ¿se va usted a ir sin ver la colonia, los hoteles, el parque?...

MICAELA.—Que vea nuestra casa... Está aquí al lado.

ORTIGOSA.—Honradísimo, señora.

SERVANDO.—Bueno. Veamos estas maravillas.

(Cuando se disponen todos a salir aparece en la ventana BONIFACIO.)

BONIFACIO.—En la verja del jardín hay una joven que pregunta por don Ulpiano Tronchado.

ULPIANO.—¿Por mí?

BONIFACIO.—Yo la he dicho que no estaba, porque el aspecto no me ha gustao.

DEOGRACIAS.—¿Qué quería?

BONIFACIO.—Debe estar loca. Quería encargarle aquí, al señorito, que la defienda...

TODOS.—¡Eh!

ULPIANO.—¡Una defensa!

DEOGRACIAS.—¿Y la ha dejado usted ir?

BONIFACIO.—Ya he dicho que el aspecto...

ULPIANO.—¡Corra a buscarla!

DEOGRACIAS.—¡Volando!

GUADALUPE.—¡Dese usted prisa!

BONIFACIO.—No sé si la alcanzaré.

MICAELA.—¡Corra!

ORTIGOSA.—Salgamos todos en su busca. (*Van hacia el foro.*)

DEOGRACIAS.—(*Deteniendo a Ulpiano.*) No, tú quédate... Nosotros te la enviaremos...

ULPIANO.—Me voy a poner la toga, que me da realce a la figura.

GUADALUPE.—Mucha suerte, Ulpiano.

ULPIANO.—Gracias, Guadalupe. (*Vanse todos, menos Ulpiano, que llama.*) ¡Benita! ¡Benita!

BENITA.—(*Apareciendo.*) ¿Llamaba usted?

ULPIANO.—¡Pronto! Tráeme la toga y el birrete.

BENITA.—¿Ahora?... ¿Aquí?...

ULPIANO.—Sí, aquí, ¡volando!

BENITA.—¿Pero va usted a ejercer dentro de esta casa?

ULPIANO.—He dicho que corras.

BENITA.—(*Haciendo mutis derecha.*) ¡Adiós hotel!

ULPIANO.—La defenderé, la absolverán, cobraré la herencia y me sumiré en el claustro, ya que no estoy en edad de cantar misa.

BENITA.—(*Sale con la toga y el birrete, que ayuda a ponerse a Ulpiano.*). Aquí tiene usté.

ULPIANO.—Venga... ¡Ajajá!... Ahora me conviene adoptar una *pos* gallarda y tribunicia. (*Se coloca de pie al lado de la mesa, con una mano apoyada en ella y la otra en alto, en actitud arrogante.*) ¿Estoy bien así, Benita?

BENITA.—A mí me parece que está usté mal.

ULPIANO.—¿Eh?

BENITA.—Vamos, que se debía usté acostar hasta que se le pase.

ULPIANO.—¡Estulta! (*Sigue inmóvil en la actitud antes indicada.*)

BENITA.—(*Aparte.*) ¿Le habrá dao un paralis? (*Hace mutis y en seguida, por el foro, aparece ROMANA, que es una muchacha de unos veintitantos años. Viste mal, con indumentaria de mujer de pueblo. Entra pausadamente y contempla a Ulpiano, que conserva su actitud inmóvil como una estatua.*)

ROMANA.—(*Después de contemplar a Ulpiano un momento, empieza a recorrer la habitación como buscando a alguien.*) ¿En dónde está?...

ULPIANO.—¿Quién?

ROMANA.—El fotógrafo. ¿No se está usté retratando?

ULPIANO.—(*Un poco avergonzado.*) No, señora. Estoy posando.

ROMANA.—¡Pos anda!

ULPIANO.—No. Posando.

ROMANA.—¿Ese es el traje de faena? ¿El que usa usté pa retirar a la gente de la circulación?

ULPIANO.—¡Hombre!

ROMANA.—¡Amos! Quítese usté eso y hablamos en serio.

ULPIANO.—(*Quitándose toga y birrete y aparte.*) ¡Pues sí que he dado el golpe!

ROMANA.—¿Usté, desde luego, no tié el gusto de conocerme?

ULPIANO.—No, señora.

ROMANA.—Pues..., fuera modestia, no ha perdido usté na.

ULPIANO.—¿Qué es usted?

ROMANA.—Mujer... ¡Mira tú éste!...

ULPIANO.—Me refiero a la profesión, al oficio.

ROMANA.—Pues yo soy... nadadora.

ULPIANO.—¡Ah! ¿Usted nada?

ROMANA.—Nada absolutamente. Vamos, quiero decir que de lo único que me ocupo es de lo que no me importa. ¿Sabe usté?

ULPIANO.—¡Ah! Pero... de algo vivirá.

ROMANA.—Sí, señor. Hasta hace cuatro días he tenido un empleo.

ULPIANO.—¿En dónde?

ROMANA.—En el Puente de Vallecas. Una señora que se dedica a criar gallinas, me pagaba porque estuviera al cuidado de que no robaran alguna mientras ella faltaba de casa. Pero lo que ocurre, ¿sabe usté, el otro día me dormí.

ULPIANO.—Claro, y algún desaprensivo robaría una gallina.

ROMANA.—¿Robar estando yo allí? ¡Quiá, hombre! Lo que pasó es que antes de dormirme, me había dejao la puerta

abierta, y las ochenta y tantas ponedoras se fueron a la calle y no hemos vuelto a saber de ellas.

ULPIANO.—¡Vaya por Dios! Bueno, ¿y ahora de qué vive usted?

ROMANA.—Pues ahora..., vivo de lo mismo que los hermanos Quintero...

ULPIANO.—Pero... los hermanos Quintero viven de las obras...

ROMANA.—Y yo también. Sólo que ellos viven de las obras del teatro y yo vivo de las sobras del cuartel de la Montaña; que toos los días me da un bote con colmo un cabo que es amigo mío.

ULPIANO.—(*Acercándose algo a Romana.*) Bueno..., ¿y quiere usted decirme en qué puedo servirle?

ROMANA.—Yo he venido aquí porque sé lo mucho que usté vale. Enterarme de lo que ha hecho con "La Canastera" y entusiasmarme, to ha sido uno.

ULPIANO.—Le advierto que fueron los nervios...

ROMANA.—Fuera lo que fuera... Me gustó tanto la defensa que hizo usté, que me dije, digo: "Romana—porque yo me llamo Romana—. Si ese señor se quisiera encargar de tu defensa, tenías resuelto el problema de toa tu vida."

ULPIANO.—(*Muy alegre.*) ¿Que si me quiero encargar?... ¡Ya lo creo!... Bueno..., es decir, según de lo que se trate... ¿No será un parricidio?...

ROMANA.—¿Un parri... qué?...

ULPIANO.—¿Quiero decir, que no habrá matado usted a su padre?

ROMANA.—¿Pero cómo, si cuando yo tenía dos años me faltó?

ULPIANO.—¿Y a su madre?...

ROMANA.—También la faltó la mar de veces... Pero esas cosas en los matrimonios son el "A B C", diario de la mañana.

ULPIANO.—No pregunto eso. Digo que tampoco habrá usted matado a su señora madre.

ROMANA.—Pero, hombre..., ¿usté cree que soy una asesina?... Mi pobrecita madre murió de muerte natural... La atropelló un tranvía...

ULPIANO.—¿Y a eso lo llama usted muerte natural?

ROMANA.—Claro. ¿No ve usted que estaba siempre en la calle?

ULPIANO.—¿No iba nunca a su casa?

ROMANA.—Jamás.

ULPIANO.—¿Por qué?

ROMANA.—Porque... no la tenía.

ULPIANO.—¡Qué desdicha!... Bueno, y ahora, otra pregunta.

ROMANA.—Usté dirá.

ULPIANO.—¿Ha estado usted procesada?

ROMANA.—En jamás.

ULPIANO.—¿Y... detenida?

ROMANA.—Eso sí.

ULPIANO.—¿Por qué?

ROMANA.—Por cuestiones políticas.

ULPIANO.—¿Cómo?

ROMANA.—Sí, señor. Con la "Poca Cosa", una chica que fué muy amiga mia. Luego nos enfriamos, nos pusimos políticas, y... lo que pasa, un día la salté de un puñetazo un diente y una muela... sin querer.

ULPIANO.—¿Sin querer y fué de un puñetazo?

ROMANA.—Es que al decir sin querer me refiero a la muela, porque yo no quería saltarla más que un diente.

ULPIANO.—¿Y entonces la detuvieron?

ROMANA.—Me llevaron a la cárcel y allí me tuvieron detenida dos días... ¡¡¡Qué dos días aquellos!!!...

ULPIANO.—Horribles, ¿verdad?

ROMANA.—¿Cómo horribles? ¡Deliciosos! No se me olvidarán nunca. Aquellos dos días puede decirse que son los únicos que he comido a mis horas... ¡Y qué comida más rica!... Patatas, garbanzos, judías... ¡Qué sé yo! En fin, dos festines al día...

ULPIANO.—¿Tanto le gustó?

ROMANA.—Aquella vida era una delicia. La comida segura; sin preocupaciones y sin tener que trabajar, sobre todo, que es el ideal de las almas nobles.

ULPIANO.—Entonces, ¿usted no trabaja?

ROMANA.—¡Que trabaje Rita! Y además, que no sé. Mi padre no tuvo tiempo de enseñarme, porque tampoco lo tuvo él de aprender.

ULPIANO.—Bueno, pues usted dirá cuál es el delito que ha cometido.

ROMANA.—¡¡Pero yo que voy a cometer ningún delito, hombre!!

ULPIANO.—¿Cómo que no?

ROMANA.—No, señor... Yo no he hecho nada.

ULPIANO.—Entonces, no la entiendo.

ROMANA.—Yo he venido aquí pa preguntarle si me quiere usté defender, pero en el caso de que haga alguna fechoría. Porque si usté no me defiende, no la hago...

ULPIANO.—¿Sí?... ¿De modo que está usted dispuesta a cometer un delito sólo porque yo la defienda?

ROMANA.—Sí, señor.

ULPIANO.—¿Y ha venido usted a esta casa a ofrecerse para ello?

ROMANA.—Naturaca.

ULPIANO.—(*Exaltado. Aparte con entusiasmo y elevando los ojos al cielo.*) ¡¡Gracias!!... ¡¡Gracias!!

ROMANA.—(*Escamada.*) Bueno, ¿pero qué hace usté?

ULPIANO.—(*Coge a Romana de la mano, se la lleva a un extremo de la escena y la dice con misterioso arrobamiento.*) Una pregunta, Romana... ¿Qué te ha dicho Dimas para mí?

ROMANA.—¿Qué Dimas?

ULPIANO.—San Dimas... El glorioso San Dimas.

ROMANA.—¿San Dimas?... ¿A mí? (*Separándose de él e iniciando el mutis.*) Que usté lo pase bien...

ULPIANO.—(*Deteniéndola.*) No te vayas, ni te hagas de nuevas... Estoy en el ajo...

ROMANA.—A mí déjeme usté de ajos, que soy una señorita.

ULPIANO.—Yo te juro, Romana, que te defenderé con una fe ciega, con un supremo entusiasmo.

ROMANA.—Por ahí vamos bien.

ULPIANO.—Pues ya lo sabes.

ROMANA.—Lo que no sé es por qué me tutea usté, la verdá.

ULPIANO.—Perdona... Es decir, perdone usted, joven.

ROMANA.—Perdonao...

ULPIANO.—Y ahora es preciso que el delito que vaya usted a cometer sea fácil, simpático, pequeño; de poca importancia, en fin.

ROMANA.—Defendiéndome usté, estoy del otro lao.

ULPIANO.—¡No lo dude, Romana! Usted y yo estamos unidos por una fuerza secreta, una fuerza ultraterrena... (*Va hacia ella y la abraza con intensa emoción.*)

ROMANA.—(*Por el abrazo.*) ¡Una fuerza... bestial!... (*Aparte.*) ¡Rediez con el sacerdote! ¡Abrazando es un tornillo!...

(*Por el foro entran DEOGRACIAS, ORTIGOSA, MICAELA, GUADALUPE y DON SERVANDO, que, al contemplar abrazados a Romana y Ulpiano, lanzan una exclamación de asombro.*)

ORTIGOSA.—¡Eh!

SERVANDO.—¿Qué significa esto?

GUADALUPE.—¿El abrazando a una mujer?

ULPIANO.—¡Alto allá! Esto no es una mujer...

ROMANA.—(*Ofendida.*) Oiga usté...

ORTIGOSA.—¿Qué dice?

ULPIANO.—Esto que ven ustedes, que parece una mujer, es... ¡oíganlo todos!..., ¡¡una visión!!...

ROMANA.—¡Yo visión!... ¡¡Ay su madre!!

ULPIANO.—Es un envío que me hace el glorioso San Dimas.

ROMANA.—¡Y dale!... Pero qué perra ha cogido este hombre con el San Dimas de mis pecados.

ULPIANO.—Esta mujer viene a que yo la defienda de un delito que no ha cometido aún...

DEOGRACIAS.—¡Es extraordinario!

SERVANDO.—¡Increíble!

ULPIANO.—¿No lo creen? Pues bien, dígalo ella misma. ¿Es cierto lo que he dicho, Romana?

ROMANA.—Es la fija. Ahora, eso de visión...

(*Por la puerta del foro entran en escena, muy agitados, BENITA y BONIFACIO.*)

BENITA.—Señor..., señor...

DEOGRACIAS.—¿Qué pasa?

BONIFACIO.—¿No decía usté que si venía alguien de la familia de esa que la llaman "La Canastera" no le dejáramos entrar?...

DEOGRACIAS.—Claro... ¿Pues qué?

BENITA.—Que ahí está el yerno...

ORTIGOSA.—¿El yerno de "La Canastera"?

BONIFACIO.—El mismo.

SERVANDO.—¡Atiza!

DEOGRACIAS.—¿Y qué quiere?

BONIFACIO.—Ver a don Ulpiano.

BENITA.—Le hemos dicho que no estaba. Pero él dice que le consta que sí que está y que entra por las güenas o por las malas...

BONIFACIO.—¡¡Tié una cara de creminal!!...

BENITA.—Y trae una cesta al brazo...

ORTIGOSA.—(*Dando un salto, aterrado.*) ¡¡La bomba!!

(*Al oír las últimas palabras, todos los personajes van de un lado a otro despavoridos y como locos. Ulpiano da saltos y Romana les contempla asombradísima.*)

DEOGRACIAS.—¡¡Que no entre!!

SERVANDO.—¡¡Que no pase!!

ULPIANO.—¡¡¡Que se va..., vaya!!!...

(*En este momento se descorre súbitamente la cortina del foro*

y hace su aparición en escena VENANCIO, hombre de pueblo, que lleva una cesta colgando del brazo. Al verle, todos los personajes tratan de ocultarse detrás de los muebles.)

TODOS.—¡¡¡Ay!!!...

VENANCIO.—(*Con naturalidad.*) ¿Negarme a mi a don Ulpiano?... ¡Naranjas!... He dicho que le veía y le veo... A ver, ¿ande está ese abogadazo? (*Nadie le responde.*) ¿Cuál de esos es don Ulpiano?

ROMANA.—Ese... (*Señalando a Ulpiano.*)

VENANCIO.—(*Ante el temor y el espanto de todos y muy especialmente del interesado, se dirige a Ulpiano y muy solícito y cariñoso le dice:*) Venga usté acá, ¡¡so abogadazo!!

ROMANA.—Pero..., ¿se pué saber qué es lo que quiere usté del abogadazo ese?

VENANCIO.—(*Entusiasmado.*) ¡Abrazarle y hasta besarle, si me lo permite!

TODOS.—¡¡¡Eh!!!

VENANCIO.—Gracias a él me veo libre de la fiera de mi suegra, que me estaba pudriendo los hígados dende que me casé con su hija... ¡¡Ahi es nada!!... ¡Treinta años sin verla! ¡¡Qué delicia!!...

ULPIANO.—(*Volviendo a la vida.*) Entonces..., ¿quiere decirse que está usted contento de mi actuación?

VENANCIO.—¿Que si lo estoy?... Mire... (*Coge la cesta.*)

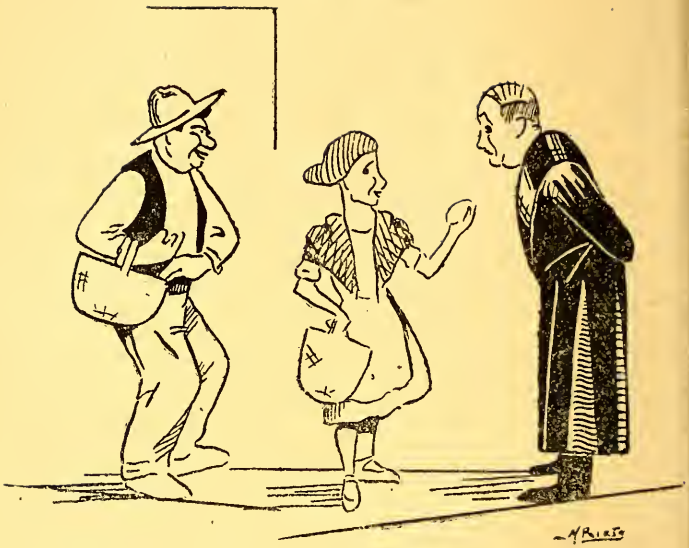
TODOS.—(*Dando un salto sin poderlo remediar.*) ¡¡Ay!!

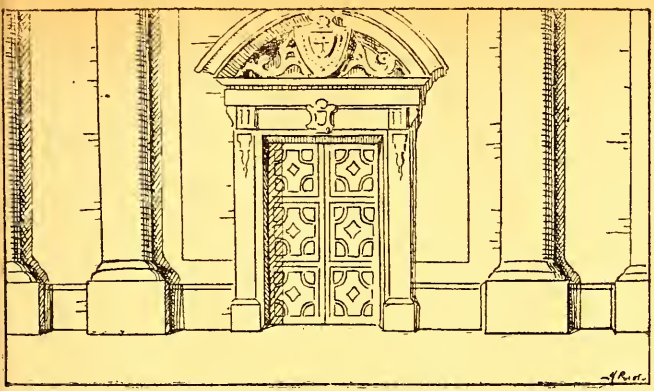
VENANCIO.—(*Abriendo la cesta.*) ¿Quién se va comer los huevos de mis gallinitas y los tomates de mi huerto?...

ROMANA.—(*A Ulpiano, con gran entusiasmo e imitando a Venancio.*) ¿Quién va a ser?... ¡¡Usté!! Y na más que usté... ¡¡¡So abogadazo!!!

TELON RAPIDO

FIN DEL ACTO PRIMERO





ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Telón corto, que representa una parte del vestíbulo de la Audiencia de Madrid. Al foro, centro, gran puerta practicable, que da a una de las Salas de lo criminal. Sobre laa puerta, y en letras doradas, habrá una leyenda, que dice: "Sección Sexta". Al lado de la puerta, y fijado en la pared, un marco de bronce, en el que se encierran las papeletas que anuncian los señalamientos de las vistas. Es de día, a las diez de la mañana.

(*Al levantarse el telón, la escena sola. Momentos después, se siente dentro, derecha, la voz de un PORTERO de Sala.*)

Voz.—(*Muy alto y fuerte.*) Causa contra León Valiente Macho, por parricidio, asesinato, incendio y robo. Audiencia pública... Los testigos que no entren.

(*Dentro, por la derecha, se oyen voces y gritos. Cruzan la escena de izquierda a derecha, casi corriendo, varias personas, hombres y mujeres, casi todos gente del pueblo.*)

(*Sigue el bullicio y dentro también se oyen los siguientes bocadillos.*)

Voz PORTERO.—¡Orden!... ¡Orden!...

OTRA VOZ.—No arrempujar, ¡caray!...

Voz PORTERO.—Orden... De uno en uno... (*Por la izquierda salen DOÑA MICAELA y GUADALUPE.*)

MICAELA.—¿Será en esta Sala donde va a informar tu adora do tormento?

GUADALUPE.—¡Por Dios, mamá, que te pueden oír!

MICAELA.—Mejor. Tal vez así te dieras cuenta del ridículo e que estás... Irte a enamorar de un abogaducho aficionado presbítero, ahora que todas las muchachas distinguidas s enamoran de Maurieio Chevalier...

GUADALUPE.—Para eso don Deogracias se ha prendado de t estando en el mundo Greta Garbo.

MICAELA.—Don Deogracias es un hombre sentado.

GUADALUPE.—Pero tú le has levantado de eascos, mamá.

MICAELA.—Bueno; déjate de simplezas y vamos a ver si no enteramos.

GUADALUPE.—Vamos por este lado. (*Vanse por la derecha. D izquierda a derecha cruzan casi corriendo LA RENACUAJO EL CHIRRI, dos golfillos mal vestidos.*)

RENACUAJO.—Aviva, tú, que me paeee que nos quedamos si palco p'al espetáculo...

CHIRRI.—¿Tú erees?...

RENACUAJO.—(*Ya dentro.*) ¿Lo ves?... Espérese usté, señor d ujier y no eierre, que se queda fuera la clema del auditorio..

VOZ PORTERO.—¡Que no pué ser!...

RENACUAJO.—Lo que he dicho, que nos ha fallao la eombi na... (*Vuelven a salir.*)

CHIRRI.—¿Y no habrá otro juieio interesante hoy?

RENACUAJO.—Aquí en la Sección Sexta, va a celebrarse un que pué ser cosa de destornillarse de risa...

CHIRRI.—¿Qué es?

RENACUAJO.—Una tal Romana, que ha robao un queso...

CHIRRI.—Pues no le veo el motivo de la hilaridaz.

RENACUAJO.—Pero es que la defiende don Ulpiano Troneha do, que es el tío más bruto y más iznorante que viste toga birrete..., y dice unas cosas cuando informa, que es pa mor derse las nariees de risa... Ya verás.

CHIRRI.—¡Ah!... Entonees... Pero vamos en mientras eomien zan a ver lo que dan en las otras Salas, por si acaso.

RENACUAJO.—Vamos; pero más graeioso que ese tozudo d la toga, no lo habrá... (*Se van por la izquierda. Por la dere cha avanza hacia la puerta del centro un ALGUACIL, que vist de uniforme, guantes blancos y espadín, y que lleva en la ma no una bandeja con muchos vasos de agua y una jarra llena Detrás entra DEOGRACIAS.*)

DEOGRACIAS.—Oiga, Gómez.

ALGUACIL.—¿Quién?... Ah, ¿es usted, don Deogracias?

DEOGRACIAS.—El mismo... ¿Dónde va usted con tantos vasos?

ALGUACIL.—Son para los señores de la Sala.

DEOGRACIAS.—¡Caray! Pero los magistrados son tres..., y ahí lleva usted una docena de vasos...

ALGUACIL.—Es que el señor Presidente necesita la docena pa él solo.

DEOGRACIAS.—¿Quién es el Presidente de esta Sección?

ALGUACIL.—El señor Manzanares.

DEOGRACIAS.—¿Manzanares?... ¡Ah, ya!...

ALGUACIL.—Y a usté, ¿qué le trae por aquí?

DEOGRACIAS.—¿Cómo que qué me trae? Que informa hoy mi sobrino...

ALGUACIL.—¿Su sobrino?... ¿Don Ulpiano Tronchado?

DEOGRACIAS.—Justo... Don Ulpiano Tronchado, o (*Con intención*) don Troncho, como le llaman algunos...

ALGUACIL.—¿Qué quiere usted decir?

DEOGRACIAS.—¿Pero es que cree usted, celoso ujier, que yo ignoro que a mi sobrino se le conoce aquí por el grosero y deprimente apodo de don Troncho?

ALGUACIL.—Lo que hace falta es que quede bien.

DEOGRACIAS.—Si no ocurre novedad, quedará; porque viene con una preparación más sólida que la mayoría de las casas que ahora se construyen en Madrid.

ALGUACIL.—¿Se trata de un robo?

DEOGRACIAS.—Sí; de una que ha robado un queso... Fué a pedirle que le defendiese antes de cometer el delito...

ALGUACIL.—Qué cosa más rara...

DEOGRACIAS.—Lo que hay que pedir es que Ulpiano no se ponga nervioso, porque entonces... Ah, diga... ¿El señor relator no ha entrado todavía?

ALGUACIL.—¿El señor Ortigosa? (*Señalando a la izquierda.*) Ahí le tiene usted... Y ahora, con su permiso, voy a entrar esto... (*Mutis por el foro. Por la izquierda sale ORTIGOSA, que viene vestido de negro con toga y birrete.*)

ORTIGOSA.—Hola, amigo don Deogracias. ¿Cómo van esos nervios?

DEOGRACIAS.—No me hable usted de nervios. Los míos no importan. Los de Ulpiano son los que me preocupan... ¡Que no le oiga yo tartamudear, porque entonces!... Y usted ya sabe, amigo Ortigosa, que mañana expira el plazo...

ORTIGOSA.—No tenga cuidado. Ulpiano triunfará. (*Por la derecha salen doña MICAELA y GUADALUPE.*)

MICAELA.—Mira, aquí están don Deogracias y el señor Ortigosa.

ORTIGOSA.—Señoras...

DEOGRACIAS.—¿Ustedes por aquí?

MICAELA.—¡Cómo íbamos a faltar!

GUADALUPE.—¿Esta es la Sala?

DEOGRACIAS.—Sí, ésta... Y lo que me choca es cómo no está ya aquí Ulpiano.

ORTIGOSA.—Pues no ha venido su sobrino, porque no encuentra su toga por ninguna parte... Se la habrán cambiado por equivocación. Ha ocurrido muchas veces.

DEOGRACIAS.—Pues es un contratiempo.

ORTIGOSA.—No, porque se pondrá otra de cualquier compañero.

ALGUACIL.—(*Que ha salido por el foro.*) Ahí tiene usted a su sobrino. (*Efectivamente, por la derecha aparece ULPIANO, vistiendo una toga que le está exageradamente grande. Podría embozarse con ella. De cada manga le sobra una cuarta y le arrastra al andar. Al verle de tal guisa, Ortigosa y el Alguacil ríen con todas sus fuerzas, pero Deogracias, apuradísimo, se dirige a él.*)

DEOGRACIA.—¿Qué es esto? ¿De quién es esta toga?

ULPIANO.—De Ossorio y Gallardo.

ALGUACIL.—Claro, y le viene a usted muy ancha.

GUADALUPE.—¿Cómo no le han facilitado otra que le estuviera más a su medida?

ULPIANO.—No han querido. Cuando he dicho que necesitaba otra toga, me han contestado que si no tenía bastante...

GUADALUPE.—Y usted le ha debido tirar el birrete a la cabeza.

ULPIANO.—¿Pero usted cree que me puedo quitar el birrete yo solo?

ALGUACIL.—Ya viene el señor Presidente.

DEOGRACIAS.—Bueno, Ulpiano... Mucho aplomo y mucha tranquilidad. Recuerda lo que te juegas.

ULPIANO.—¿Se va usted?

DEOGRACIAS.—A buscar a don Servando, que me espera en el vestíbulo...

GUADALUPE.—Le hemos visto hablando con un golfo.

DEOGRACIAS.—Sí, yo le dejé con él. Como representa tener unos veintidós años, le estaba haciendo preguntas por si en algún detalle podía descubrir que es su hijo. Si quieren, vamos a reunirnos con él y entraremos juntos.

MICAELA.—Sí, vamos. Suerte, Ulpiano.

GUADALUPE.—Y mucho aplomo.

ULPIANO.—Veremos. (*Vanse los tres por la derecha. Con devoción.*) ¡El glorioso San Dimas me tendrá de su mano! (*Por la izquierda aparece MANZANARES, con las vestiduras propias del caso.*)

MANZANARES.—Señores, buenos días.

ORTIGOSA.—Muy buenos.

ULPIANO.—Saludo reverente al señor Presidente.

MANZANARES.—(*Fijándose en Ulpiano.*) Veo que al letrado defensor le han puesto de largo.

ULPIANO.—Un cambio de togas, señor Presidente.

MANZANARES.—En el que, sin duda, ha salido usted ganando... En fin, entremos. (*Al Alguacil.*) Avise a todos y dé la voz, porque quiero empezar en seguida. (*Todos, menos el Alguacil, hacen mutis por el foro.*)

ALGUACIL.—(*Con voz de pregón.*) Causa contra Ramona Casado y Quesada, por robo de un queso... Audiencia pública... Los testigos que no entren.

CAE RAPIDAMENTE EL TELON

ENTRECUADRO

(Por la puerta central del pasillo de butacas entran en la sala del teatro, MICAELA, GUADALUPE, DON DEOGRACIAS y DON SERVANDO.)

DEOGRACIAS.—Vengan hacia acá, que aquí tenemos sitio para los cuatro. (*Señalando a cuatro butacas que estarán desocupadas al efecto.*)

SERVAÑDO.—¿Dónde?

DEOGRACIAS.—Aquí. Pasen ustedes.

GUADALUPE.—¡Cuánta gente, mamá!

MICAELA.—Ya, ya. Parece un teatro.

DEOGRACIAS.—(*A Servando, que no se sienta.*) ¿No se sienta usted?

SERVANDO.—Sí, voy... Estaba mirando..., allí, un joven, que no sé por qué me parece...

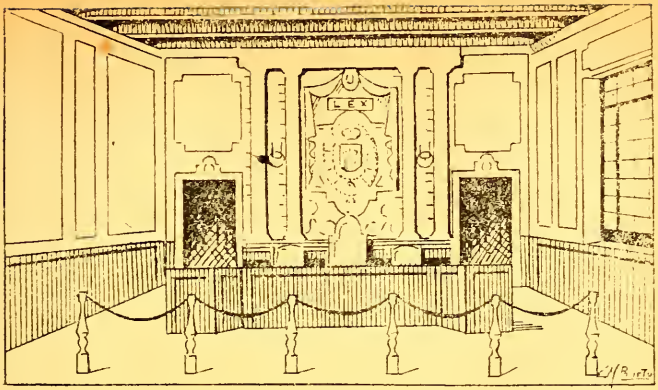
DEOGRACIAS.—Siéntese, que no es el fruto que usted busca.

SERVANDO.—¡Quién sabe!

DEOGRACIAS.—Que se siente usted, hombre, ¿no ve que estamos llamando la atención?... (*Ambos se sientan. Al mismo tiempo, el CHIRRI y LA RENACUAJO irrumpen en la galería del teatro, tratando de hallar acomodo.*)

CHIRRÍ.—¿Hacen el favor?

RENACUAJO.—Háganse un poco hacia allá, que tos tenemos derecho a la vida. (*Al fin, se instalan convenientemente.*)



CUADRO SEGUNDO

Interior de una Sala de lo criminal de la Audiencia de Madrid. Mesa y sillones para los tres magistrados que forman el Tribunal. Mesa y sillón del Fiscal. Mesa y sillón del Defensor. Mesa y sofá del Relator. Banquillo del acusado. Columnas de bronce de 60 centímetros de altura, que sostienen gruesos cordones de terciopelo rojo y dividen el estrado del resto de la Sala. La escalerilla para subir a estrados arranca sobre la concha del apuntador y desciende hasta el pasillo de butacas.

(Al levantarse el telón, los magistrados y el fiscal ocupan sus sitios. ULPIANO está sentado en el sillón de la defensa y siempre que se mueve y acciona se pierden sus brazos en las inmensas mangas de su toga, y el birrete se le mete hasta las orejas. ORTIGOSA aparece sentado en el sofá del Relator, y en aquél queda sobrado espacio para que se pueda sentar otra persona. ROMANA, que suponemos acaba de subir a estrados, permanece de pie y junto a ella el ALGUACIL.)

ROMANA.—(*Con naturalidad a los magistrados.*) Buenos días, ¿cómo están ustedes? ¿La familia buena?

MANZANARES.—¡Silencio!

ALGUACIL.—(*A Romana, en voz baja.*) Cállese... Aquí no se puede decir eso.

ROMANA.—¿Que aquí no se puede tener educación?

ALGUACIL.—(*Enérgico.*) ¡No, señora!

ROMANA.—¡Anda Dios! Hasta ahora no me habían hecho la permanente.

MANZANARES.—Siéntese la procesada.

ROMANA.—Con permiso. (*Se sienta en el sofá que ocupa el relator y junto a éste.*)

MANZANARES.—¡Ahí no!
ORTIGOSA.—¡Ahí no! } (*Al unísono.*)
ULPIANO.—¡Ahí no!

ROMANA.—(*Asustada y levantándose.*) ¡Mi madre! ¿He apabullao algún sombrero?

ORTIGOSA.—No ha apabullado usted nada.

ROMANA.—Pues hijo..., menudo susto...

MANZANARES.—Siéntese en su sitio... Ahí..., en el banquillo del acusado. (*El Alguacil la lleva.*)

ROMANA.—(*Sentándose.*) ¡Hombre, está bonito!... Ustés tan rempantingaos en esos butacones, y la única señora que hay, en una tabla... Si lo sé, no vengo.

MANZANARES.—¡Orden!

ULPIANO.—Cállese usted, Romana, y no hable más que cuando la pregunten.

ROMANA.—(*Reconociendo a Ulpiano.*) ¡Atiza, pero es usté!... Con ese tintero que lleva en la cabeza, no le había conocido.

MANZANARES.—¡Orden! ¡Silencio!... Absténgase la procesada de hablar, a no ser que se la interrogue... ¿Entiende?

ROMANA.—Sí, señor... Perdone su eminencia.

MANZANARES.—Yo no soy ninguna eminencia.

ROMANA.—Yo lo he oído decir en el pasillo.

ULPIANO.—¡Romana!

MANZANARES.—¡Cállese de una vez!

SERVANDO.—(*A Deogracias.*) Esta mujer lo va a estropear.

DEOGRACIAS.—Mucho me lo temo.

GUADALUPE.—¿Por qué no se callará?

ULPIANO.—(*Aparte.*) Santa Rita: haz que se calle la procesada, ¡que no se haga antipática a la Sala!...

MANZANARES.—El señor Secretario dará cuenta.

ORTIGOSA.—Con la venia. (*Leyendo.*) El día 14 de abril del corriente año y sobre las once de la mañana, la procesada, Romana Casado, penetró en el establecimiento de quesos y mantecas del que es propietario don Federico Hermoso...

ROMANA.—Bueno, aunque se llama Hermoso es un chimpancé, que *coste*...

MANZANARES.—¡Silencio!... Prosiga el señor Secretario.

ORTIGOSA.—(*Leyendo.*) Una vez dentro de la tienda, la aludida Romana, aprovechando momentos de confusión, se apoderó de un queso de los denominados de bola...

ROMANA.—(*Interumpiendo.*) ¡Mentira!

ORTIGOSA.—(*Enérgico.*) ¡Bola!

ROMANA.—¡Mentira he dicho!

MANZANARES.—¡Silencio! ¡Calle la procesada!

ROMANA.—Señor Presidente, mire usia que eso de bola es mentira.

MANZANARES.—Son palabras sinónimas.

ROMANA.—Las palabras serán lo que quiera su ilustrísima, pero el queso era manchego.

MANZANARES.—Silencio.

ULPIANO.—(*Suplicante a Romana y accionando mucho, lo que, dada la tela que le sobra, es grotesco.*) Sí, Romana, cállese.

MANZANARES.—Y calle también el abogado defensor.

ROMANA.—(*Por Ulpiano.*) Esto no es un defensor: es un espantapájaros.

GUADALUPE.—¡Le insulta!

MICAELA.—Yo la abofeteaba.

DEOGRACIAS.—(*A Servando.*) ¡Esta chica es un adoquín!

MANZANARES.—Continúe el señor Secretario.

ORTIGOSA.—(*Leyendo.*) La procesada, después de haberse apoderado del queso de... lo que sea, salió a la calle, y dirigiéndose a un mendigo, que imploraba la caridad a la puerta del establecimiento, y que resultó ser Próspero Rico...

ROMANA.—¡Qué nombrecito pa un pobre de pedir!

MANZANARES.—¡Silencio!

ROMANA.—¿Pero es que no se troncha su señoría? (*Risas generales.*)

ULPIANO.—(*Aparte e implorando.*) ¡Santa Rita, que me la van a ahorcar!

MANZANARES.—Prosiga, señor Secretario.

ORTIGOSA.—(*Continuando su lectura.*) Después se dirigió resueltamente a un revendedor de Lotería, que se sitúa en la esquina de la referida calle y que se llama Eloy Toca.

ROMANA.—Vaya un nombrecito adecuao.

ORTIGOSA.—Y seguidamente se dirigió al guardia encargado de la circulación Eugenio Porras al que también relató lo sucedido. Posteriormente, la procesada continuó su peregrinación calle de Alcalá abajo, entregando generosamente el queso, que antes había robado, a una mendiga que le demandó un socorro. Libre ya del objeto robado, la Romana se dirigió al guardia de Orden público número 555, José María Benalúa y Capicúa, quien, al oir de boca de la procesada el relato del hecho delictivo, procedió a su detención. Y estimando tales hechos co-

mo constitutivos de delito de robo, pide para la misma la pena de un año de reclusión, con los accesorios correspondientes y pago de costas.

ROMANA.—¿Sólo un año de cárcel? ¡Vaya una pequeñez de pena!

MANZANARES.—¿Pero se puede usted callar?

ROMANA.—Probaré.

MANZANARES.—Continúe el señor Relator.

ORTIGOSA.—La defensa de la procesada, en sus provisionales conclusiones, niega los hechos y pide la absolución de su representada. Es cuanto resulta.

ROMANA.—¿Que no he robao yo el grúyere, so grullo?

MANZANARES.—Póngase de pie la procesada.

ROMANA.—(*Con naturalidad.*) Gracias, estoy bien así.

MANZANARES.—(*Gritando.*) ¡Póngase de pie! (*Ella se levanta.*)

MANZANARES.—(*Harto y bebiéndose un vaso de agua.*) ¡Uf, qué mujer!

DEOGRACIAS.—(*A Guadalupe.*) Para pegarla un tiro.

GUADALUPE.—Tiene usted razón.

SERVANDO.—¡Es una mula!

ROMANA.—(*A Manzanares, que bebe otro vaso.*) Su ilustrísima va a criar ranas.

MANZANARES.—(*Agitando la campanilla.*) ¡Orden! ¡Orden! Y advierto a la procesada que se limite a contestar lisa y llanamente, sin permitirse bromas ni gracias impropias de este sagrado recinto.

ROMANA.—Bueno, conforme; pero no se enfade usté, porque si reñimos va a ser peor.

MANZANARES.—(*Indignado, dando campanillazos y dirigiéndose al público.*) Guarden silencio o me veré obligado a desalojar la Sala... ¡Silencio!...

ROMANA.—(*Volviéndose al público y poniéndose de parte del Presidente.*) Tie razón el usia del señor Presidente, caray... (*Viendo a la Renacuajo en la galería.*) ¡Anda Dios, la Renacuajo!... ¿Pero qué haces ahí, chica?

RENACUAJO.—(*Ingenua.*) Pues na, hija, que me dije, digo: Voy a ver qué le sale a la Romana.

DEOGRACIAS.—La debía salir un golondrino.

MANZANARES.—¡Silencio!

ROMANA.—(*A la Renacuajo.*) ¡Calla, mujer, que aquí no se pue hablar!

MANZANARES.—(*Cada vez más indignado.*) ¡Y usted también, cállese de una vez!

ROMANA.—Anda. ¿pero ahora se enfada su excelencia conmigo?... ¡Después que me pongo de su parte para regañar a estos!...

MANZANARES.—¡Orden!... ¡Repito que orden!...

ROMANA.—¡Mi madre, qué genio!

MANZANARES.—Conteste a las generales de la Ley... ¿Cómo se llama usted?

ROMANA.—Pues me llamo como antes, Romana.

MANZANARES.—(*Armándose de paciencia.*) Bien, sí, Romana, ¿y qué más?... ¿Cómo se llamaba su padre?

ROMANA.—Paco.

MANZANARES.—¿Paco qué?

ROMANA.—Paco "el Radioescucha".

MANZANARES.—Me refiero al apellido de su padre.

ROMANA.—Ah..., Casado.

MANZANARES.—Bueno, quedamos en que su padre se llamaba Casado, ¿y su madre?

ROMANA.—(*Triste.*) Mi madre... me se murió hace ocho años... ¡Pobrecilla!... Era una santa... (*Llora.*)

MANZANARES.—No pregunto eso... Pregunto que cómo se llamaba su madre.

ROMANA.—Ulogia.

MANZANARES.—(*Enfadadísimo.*) ¿Eulogia qué?...

ROMANA.—No se incomode usía, que ya habíamos quedao antes en que no nos íbamos a enfadar, y si me grita usía me acerolo...

MANZANARES.—¡Pronto, el apellido de su madre!...

ROMANA.—Quesada.

MANZANARES.—Bueno, quedamos en que su madre era Quesada y su padre era Casado.

ROMANA.—No, señor, era soltero.

MANZANARES.—¿Qué edad tiene usted?

ROMANA.—No lo sé.

MANZANARES.—¿Qué no sabe cuántos años tiene? ¡Es inexplicable!

ROMANA.—Fué un olvido. Que el día que nací no tuve la precaución de mirar la hoja del almanaque.

MANZANARES.—Bueno, ¿profesión?

ROMANA.—Convaleciente.

MANZANARES.—Convaleciente, ¿de qué?

ROMANA.—De la gripe... A los dos meses de destetarme me dió, y los médicos me mandaron que hasta que pasara la convalecencia no hiciera nada.

MANZANARES.—¿Y todavia no ha pasado?

ROMANA.—¡Ca, no, señor!... Ya me dijeron que iba a ser larga...

MANZANARES.—Esto quiere decir que permanece en la ociosidad todos los días de la semana.

ROMANA.—Todos, menos los jueves.

MANZANARES.—¿Qué haces los jueves?

ROMANA.—Asistir...

MANZANARES.—¿En alguna casa?

ROMANA.—Asistir a los conciertos de la Banda Municipal, en Rosales. Me pirro por la música.

MANZANARES.—El Ministerio Fiscal puede interrogar a la procesada.

ULPIANO.—(*Aparte.*) Me echo a temblar...

FISCAL.—Con la venia de la Presidencia... ¿Quiere decirme la procesada todo lo que hizo el día de autos...?

ROMANA.—Sí...; ¿a qué autos se refiere su ilustrísima, a los taxis?

FISCAL.—Le he preguntado que nos diga lo que hizo el día que cometió el delito.

ROMANA.—¡Ah, ya!... Pues verá usted, señor usía... Aquella mañana, a eso de las seis, me tiré del lecho, barrí el cuarto, hice el lecho pa por la noche, desayuné café con porras...

FISCAL.—No se entretenga en digresiones y vaya usted al hecho.

ROMANA.—¿Que vaya al lecho?... ¡Pero si me acabo de levantar!...

FISCAL.—Dígame la procesada... Al entrar en el establecimiento denominado "Queserias Hermoso", ¿lo hizo con el propósito deliberado de llevarse el queso?

ROMANA.—Hombre, esa pregunta es idiota.

MANZANARES.—Absténgase la procesada de calificar y conteste únicamente sí o no.

ROMANA.—Pues sí, hombre, pues si; entré a llevarme el queso... Eso se cae de su peso..

ULPIANO.—¡Adiós!... Ahora versifica...

ROMANA.—Pues como iba diciendo, entré en la tienda de las mantecas y de los quesos, y al ver tantas cosas de comer, empezaron a darme vueltas en la cabeza, como si estuviera soñando. Los quesos me bailaban, tropezando unos con otros; se me juntaban las mantecas, y yo, volviendo en mí, empecé a titubear dudando hacia dónde me dirigía, y, avanzando, sin que nadie se fijara en mí, me enfrenté con un queso manchego,

que, por cierto, estaba sudando a mares, cargué con él y me narché a la calle.

FISCAL.—Y una vez en ella, le contó su hazaña al mendigo Rico, ¿no es así?.

ROMANA.—Justamente. Me pidió que le diera un cacho, amenazándome con que si no se lo daba, iba a dar parte.

FISCAL.—¿Y usted qué le dijo?

ROMANA.—Que él podía dar parte del robo, pero que yo no daba parte del queso... Le mandé a hacer gárgaras y me fuí.

FISCAL.—A contarle lo que había hecho a Eloy Toca, el vendedor de décimos y después al guardia Porras, encargado de las señales luminosas, que regulan el tráfico.

ROMANA.—Sí, señor, y en aquel momento tenía puesta la roja pa los peatones.

FISCAL.—¿Y qué le dijo usted a Porras?

ROMANA.—Que quería cruzar la calle.

FISCAL.—Pregunto ¿que qué le dijo relativo al queso?

ROMANA.—Se lo conté todo con pelos y señales.

FISCAL.—¿Y él?

ROMANA.—Me puso verde..., pa que pudiera cruzar..., y respective a lo del queso, fué y me dijo que se lo contara a un guardia..., a un guardia, que no tuviera tanto que hacer como él. En vista de lo cual me eché Alcalá abajo, en busca de uno del Orden; pero al llegar a San José, una pobre mujer, que llevaba un chico en los brazos y otro en la mano, me pidió pa comer, y yo, como no llevaba dinero, pos la di el queso, que dicho sea de paso, a mí no me ha gustao en la vida.

FISCAL.—Inmediatamente después, contó usted lo ocurrido al guardia Benalúa y Capicúa...

ROMANA.—Sí, señor, el cual, cumpliendo con su deber, me detuvo y me llevó a la comi, que es lo que debían haber hecho Rico, Toca y Porras, digo yo...

FISCAL.—No tengo nada más que preguntar a la procesada.

MANZANARES.—La defensa de la procesada puede interrogar cuando guste.

ULPIANO.—Con la venia del señor presidente. (*A Romana.*) Vamos a ver, Romana, si aclaramos algunos puntos, que, a mi modestísimo entender, han quedado algo oscuros en el transcurso del debate.

ROMANA.—Porque usted no ve más allá de sus narices, hombre. Por algo le llaman don Troncho.

ULPIANO.—(*Dando un salto.*) ¡Eh!... ¿Yo don Troncho?

MANZANARES.—(*A campanillazos.*) ¡Orden! ¡Orden!

ULPIANO.—¿Yo don Troncho?

DEOGRACIAS.—(*Aparte a sus compañeros y furioso.*) ¡Le in sulta! ¿Han oído ustedes?

MICAELA.—¡Qué acémila!

SERVANDO.—¡No me explico esto!

GUADALUPE.—¡Pobre Ulpiano!

ULPIANO.—(*Cuyos nervios se empiezan a desatar. Tartamu deando.*) ¿Yo don Tron... Tron...? ¿Yo don Tron... Tron?...

MANZANARES.—Calle el letrado.

ULPIANO.—¡Pero señor pre... pre...!

MANZANARES.—¡Silencio he dicho!

ULPIANO.—¡Señor pre... pre...!

DEOGRACIAS.—(*A Servando.*) ¡Tartamudea!... Temo una ca tástrofe... Está desatado de los nervios...

GUADALUPE.—¡Dios mío! ¡Si le da el ataque...!

SERVANDO.—No es para menos.

MANZANARES.—Advierto a la procesada, por última vez, qu si no guarda a su defensor las consideraciones y el respet que todo letrado merece, adoptaré una determinación enérgic de la que tendrá que arrepentirse... Continúe la defensa su in terrogatorio...

ULPIANO.—Señor pre... pre... (*Víctima de sus nervios, s poderlo evitar, rompe a silbar el "Soldadito español".*)

MANZANARES.—¡Eh!... ¿Qué es eso? ¿Pero qué hace el le trado?

ROMANA.—Que se ha tragao un aparato de radio.

MANZANARES.—(*Agitando la campanilla con furia y nervios también.*) ¿Pero quiere usted hacer el favor de callarse, do Troncho?

ULPIANO.—¿Eh? (*Dando un salto, y Manzanares se da cuent del lapsus que acaba de cometer y que produce una risa ge neral.*)

MANZANARES.—(*En tono afable.*) Vamos, tranquilidad... Di simule el letrado defensor... Beba un vaso de agua... Tranqu licese y continúe su interrogatorio.

(*El Aguacil, obedeciendo a una indicación de Manzanare ofrece a Ulpiano un vaso de agua que éste bebe, y después s va traquilizando poco a poco.*)

DEOGRACIAS.—(*Aparte a Servando.*) Convengamos que la niñ esta es para sacar de quicio, no a mi sobrino, al propio Justi niano que resucitara.

SERVANDO.—Sí que se las trae.

MANZANARES.—(*A Ulpiano amablemente.*) Vamos, continúe preguntando.

ULPIANO.—Con la venia del señor pre... pre... (*Tras una breve pausa se tranquiliza y continúa.*) ¿No es cierto, Romana, que cuando esa desventurada madre, acompañada de dos hijitos desvalidos le pidió algo con que alimentarlos, sintió usted en su corazón bondadoso, aunque cerril, cierto come-come?

ROMANA.—Al revés: cierto no come no come..

ULPIANO.—(*Aparte y rabioso.*) ¡Y que no pueda yo pedir que la corten la cabeza! (*Amoscado.*) Esta defensa ha terminado ya, señor presidente.

MANZANARES.—Siéntese la procesada. Prueba testifical. Testigos de la acusación.

FISCAL.—Con la venia... El Fiscal, después de oír la declaración categórica y terminante de la procesada, renuncia a toda prueba propuesta.

MANZANARES.—¿Y la defensa?

ULPIANO.—A esta defensa, sólo le interesa la declaración del guardia 555, que detuvo a la procesada.

MANZANARES.—Que comparezca el testigo.

ALGUACIL.—(*En el centro de la escena, dirigiéndose al público.*) José María Benalúa y Capicúa.

(*Por el pasillo de butacas aparece BENALUA, que avanza resueltamente como hombre habituado a aquellas cosas. Sube a estrados y habla con exageradísimo acento vasco.*)

MANZANARES.—¿Cómo se llama el testigo?

BENALUA.—José María Benalúa Capicúa Iparraguirre Ibarragoitia, Barre... .

MANZANARES.—¡Basta!... Con los dos primeros apellidos, es suficiente... ¿De dónde es usted natural?

BENALUA.—En Jeres de la Frontera nasido estoy...

MANZANARES.—Nadie lo diría.

BENALUA.—Pero chiquirritito, de pañales vestía, y los padres a Valmaseda me llevaron. señor Presidente. Valmaseda, provinsia de Bilbao. Tomas tren de Portugalete y en seguida alli te estás.

MANZANARES.—Yo me estoy aquí y usted se está callado.

BENALUA.—Perdón ya le pido.

MANZANARES.—¿Jura usted decir verdad?

BENALUA.—¡No tengo de jurar! Vasco, verdad siempre dise.

MANZANARES.—Conteste a las preguntas que le dirija el letrado defensor.

ULPIANO.—Dígame, Benalúa y Capicúa, etc., etc., si conoc a la procesada.

BENALUA.—(*Después de mirar a Romana.*) ¡Que conoser y tengo!

ROMANA.—(*Se levanta y va a saludarle dándole la mano.* ¿Qué hay, Capicúa?

MANZANARES.—Siéntese la procesada y no hable.

ROMANA.—Yo creí, señor Presidénte, que la educación no es taba reñida con la justicia.

MANZANARES.—Que se siente y que se calle.

ROMANA.—(*Sentándose.*) Bueno, bueno..., ¡qué genio! Se h empeñao usté en que nos peleemos y lo va a conseguir.

ULPIANO.—Dígame el testigo cómo llevó a cabo la detenció de la procesada y cuáles fueron las palabras que ésta le dij

BENALUA.—De servisio Alcalá abajo, abajo, y Alcalá arriba arriba, paseando me estaba por la asera del teatro Apolo, que e pas descnse, cuando a todo correr, jovensita va y me dise: "Guar dia distinguido—o así me parese—, ladrona grande, grande, m estoy... Un queso robar hise"... "Qué dises, chiquitita." "Co misaría pronto lléveme, pues"... Y Comisaría pronto llevé.

ULPIANO.—¿Y no se le ocurrió a usted pedirle el objeto ro bado?

BENALUA.—Ya Benalúa dijo que el queso le diera; pero en tonses la chiquitita dise que pobre madre llevaba, con niño pequeñitos e nesesitados.

ULPIANO.—¿Y esas manifestaciones se las haría al testigo l procesada con lágrimas en los ojos, ¿verdad?

BENALUA.—Emosionada sí paresía, y conosido el delito, Be nalúa pensó: "Esta chiquitita, del capirote que disen, tont ya se está o así."

ROMANA.—(*Ofendida.*) Oiga, guardia.

MANZANARES.—¡Silencio!

ROMANA.—¡Ah!, pero es que tiene una que dejar que la in sulte el primer Arreburro Iparraguirre que se presente?... ¡Ha que ver las que se trae el amigo guardia!

BENALUA.—Yo no estoy guardia.

MANZANARES.—¿Cómo es eso? ¿No fué usted quien llevó cabo la detención de la procesada?

BENALUA.—Ya dise bien el señor Presidente. Pero al otr día del suseso, el dimisión del cargo presentar hise.

MANZANARES.—No lo comprendo.

ROMANA.—Es que aquí, el Capicúa, se prendó de mis peda

zos..., me pidió relaciones, y como le dije que los guardias no me iban, ha devuelto el casco.

BENALUA.—Chiquitita, eres mala... (*Ruboroso.*) Vergüensas sacarme no debías... (*Triste*) Capicúa ha hecho dies de últimas que se dise... Canelo o así...

MANZANARES.—Puede retirarse el testigo.

BENALUA.—A la orden de usía. (*Saluda, desciende del estrado y hace mutis por la derecha.*)

MANZANARES.—¿Las partes tienen que modificar sus conclusiones?

FISCAL.—Este Ministerio las mantiene.

ULPIANO.—Y esta defensa las mantiene también.

ROMANA.—¿Las mantienen los dos? ¡Qué suerte tienen las conclusiones esas!

MANZANARES.—Pues el señor Fiscal tiene la palabra para sostener sus ya definitivas conclusiones.

FISCAL.—Con la venia. (*Adopta un tono grave y tribunicio.*) Al dirigirme a la Sala, debo limitarme a pediros justicia. Una justicia implacable, dura, aplicada a esa mujer a quien debéis arrojar a un lóbrego calabozo, donde purgue su delito. Delito horrendo, nefasto, espantoso, condigno de aquellos otros que cometiera su tristemente célebre compañero de hazañas que se llamó José María "El Tempranillo".

ROMANA.—(*Entusiasmada.*) ¡Bravo! ¡Eso es hablar!

MANZANARES.—¡Silencio!

ULPIANO.—(*Aparte.*) ¿Qué dejará este Fiscal para los del huerto del francés?

FISCAL.—El delito está clarísimo, pues aunque no hayamos podido determinar a qué clase perteneciera el queso que la procesada arrebató de las Queserías Hermoso, el detalle carece de importancia a juicio de este Ministerio. Lo mismo da que fuera de bola, manchego, de Burdeos, Cabrales, Villalón o Roncal..., como si hubiese sido de Brescia, Limburgo, Parmesano, Chester, Wesfalia, Rochefort, Camambert, Brie, Petites Suisses, o Gervais. (*Como se pronuncia.*)

ROMANA.—Gerves o Gervais, como queráis.

MANZANARES.—¡Orden!

FISCAL.—Esa mujer, que hoy roba, según propia confesión, por el placer de robar, representa un grave peligro para la sociedad. Tal vez mañana, en derredor suyo, se agruparán malhechores de toda guisa; surgirá una banda de criminales, capitaneada y dirigida por ella, que hará temblar al mundo entero.

ROMANA.—(*Satisfecha y orgullosa.*) ¡Bien! ¿Yo capitana? ¡Qué honra pa la familia!

FISCAL.—Y por ello, pido para la Romana, como autora de un delito de robo, en cantidad superior a veinticinco pesetas y menor de ciento, la pena de un año de reclusión... He dicho.

ROMANA.—(*Entusiasmada y aplaudiendo.*) ¡Y ha dicho muy bien! Sí, señor. Habla que da gusto.

MANZANARES.—¡Orden y silencio!... La defensa de la procesada tiene la palabra para defender sus conclusiones.

DEOGRACIAS.—(*Aparte.*) ¡Se me abren las carnes!

ULPIANO.—Con la venia... Lamento, señores de la Sala, discrepar en un todo de la tesis elocuentemente expuesta por el Ministerio Fiscal. Para defender a Romana, me sobran argumentos; me sobran razones...

ROMANA.—Y le sobra tela.

ULPIANO.—No pido indulgencia, porque entiendo que la procesada no la ha menester... Tampoco pido que tengáis manga ancha...

ROMANA.—Para manga ancha se basta él.

ULPIANO.—Yo no veo, señores, yo no veo... (*El birrete, al colocárselo, le tapa los ojos.*)

ROMANA.—No ve, porque se le cuela el gorrito.

MANZANARES.—¡Silencio!

ULPIANO.—No veo, repito, en el hecho delictivo que señala el Fiscal gravedad de ninguna especie para echar sobre mi defendida todo el peso de la Ley condenatoria... ¡Esta Romana, no debe aguantar tanto peso!... Empiezo por confesar que mi defendida, en efecto, se llevó de las Queserías Hermoso un queso de clase no determinada. Pero ahora bien, ¿lo hizo para lucrarse?... No, puesto que se lo regaló generosamente a una madre desdichada... ¿Lo hizo para comérselo?... Tampoco, ya sabemos que no le gusta el queso. Ni el que ella se llevó, ni los quesos del Fiscal, enumerados en su discurso... ¿Por qué lo hizo entonces? Yo os lo voy a decir ahora, señores... Porque este es el argumento básico de mi defensa... (*Con emoción.*) Habéis de saber que esa madre desdichada que postula a la puerta de San José es una antigua conocida de Romana...

ROMANA.—(*Estupefacta.*) ¿Eh? ¿Qué dice este tío?

ULPIANO.—La procesada la socorrió cuantas veces pudo. Ella misma me lo ha dicho.

ROMANA.—¿Yo?

ULPIANO.—No, la de San José.

ROMANA.—¡Mentira!

MANZANARES.—¡Silencio!

ROMANA.—¡Pero si todo es mentira, señor Presidente!

MANZANARES.—¡Cállese o hago que la amordacen!... Siga el letrado.

ULPIANO.—Aquel día salió Romana a buscar algún alimento para los infantes desfallecidos. (*Tétrico.*) En ninguna parte encontró nada que llevar a aquellos angelitos, y entonces, después de unos momentos de lucha con su conciencia, penetró en las Queserías Hermoso y consumó el hecho que nos ocupa. (*Llora al terminar el párrafo.*)

ROMANA.—¡No hagan ustés caso, que les está colocando las mil y pico de noches!

ULPIANO.—Habréis visto, señores de la Sala, que lo que parecía un delito no es más que un hecho admirable de fraternidad humana, un acto heroico.

DEOGRACIAS.—(*Entusiasmado.*) ¡Muy bien!

GUADALUPE.—¡Divinamente!

SERVANDO.—¡Bravo! (*A Deogracias.*) Su sobrino está desconocido.

MIGAELA.—Habla como un Marconi.

ULPIANO.—Me preguntaréis que por qué la procesada quiere desdecirme, negando mis aseveraciones. Me diréis también que por qué se muestra intemperante e irrespetuosa con la Presidencia, hostil conmigo y entrometida con todos. Y a eso responderé yo que la procesada es un caso tipo de imbecilidad espontánea.

ROMANA.—¿Qué?

ULPIANO.—Como habréis podido apreciar... (*Lo que sigue lo dice con rabia.*) Romana es idiota, es estúpida, es cerril.

ROMANA.—¡Señor Presidente, que me está insultando!

MANZANARES.—¡Orden!

ROMANA.—Pero qué orden, hombre; si me está poniendo como un trapo...

ULPIANO.—Demostrado ya, como final de mi discurso, que la procesada es lo que en el lenguaje vulgar llamamos un cerrojo, creo haberos convencido de su inocencia, y pido a la Sala su libre absolución.

RENACUAJO.—¡Ole!

ROMANA.—¡Yo le muerdo la nuez!

DEOGRACIAS.—(*A Servando.*) ¡Ha estado muy bien!

GUADALUPE.—¡Ya lo creo!

SERVANDO.—¡Muy bien! Elocuentísimo.

MANZANARES.—¡Levántese la procesada!... ¿Tiene usted algo que alegar a lo expuesto por su abogado defensor?...

ROMANA.—¡No que no!... Tengo que decir que todo lo que ha dicho don Troncho es mentira... ¡Sí, señor, mentira!... Y que el idiota lo será él...

MANZANARES.—(*Agitando la campanilla.*) ¡Basta, basta!... (*Levantándose.*) Visto para sentencia.

(*Al oír estas palabras se levantan todos. Servando y Deogracias avanzan hacia el escenario, seguidos de Micaela y Guadalupe.*)

ROMANA.—¡Que no! ¡Que no se vayan! ¡Que se esperen todos los usías!

ORTIGOSA.—Pero mujer, no sea usted tonta... ¿No ve que su abogado ha estado muy bien?... De seguro que la absuelven a usted.

ROMANA.—(*Como loca.*) ¿Eh? ¿Qué me van a echar a la calle?

ORTIGOSA.—Seguramente.

ROMANA.—(*Rugiendo.*) ¡Ah, pues eso no! ¡No faltaba más!... ¡Ya se me han atufao a mí las narices!... Aquí no hay justicia, y ahora mismo me voy a comer los hígados de don Troncho... (*Loca de rabia quiere arremeter contra Ulpiano. Este, nerviosísimo, rompe a silbar.*)

DEOGRACIAS.—¡No silbes!...

(*Romana, furiosísima, se acerca al Alguacil y le arrebata el espadín. Gritos, chillidos... Servando, Ortigosa y el Alguacil se precipitan sobre Romana, que grita y forcejea. Todos luchan. Manzanares ha vuelto a coger la campanilla y la agita desesperadamente.*)

ROMANA.—¡Granujas! ¡Hambrones! ¡Pelagatos!

DEOGRACIAS.—(*Tratando de contener a Ulpiano, que, víctima de sus nervios, salta, silba y patalea.*) ¡Contente, Ulpiano!... ¡Que te va a dar algo!

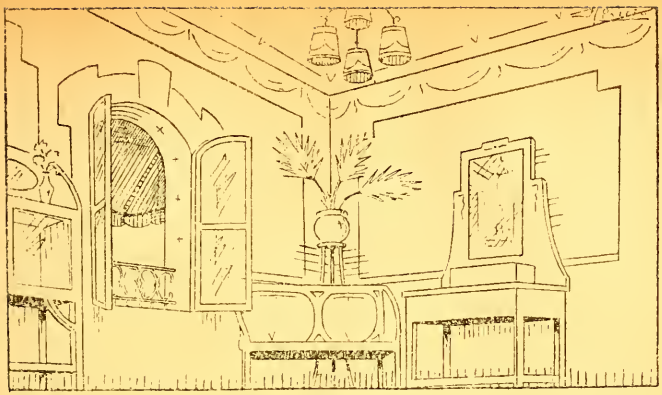
ULPIANO.—(*Paseando nerviosísimo, rompe a cantar:*)

"Soldadito español,
soldadito valiente..."

(*Gran algarabía, cuadro y*

TELON)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Es de día. El sol luce espléndido y penetra por la ventana, que estará abierta de par en par. La cortina del "hall", descorrida, y también abierta la puerta de la calle. Sobre la mesa y sobre varios muebles, grandes montones de farolillos de colores plegados- como vienen de fábrica. Abundantes existencias de cadeneta de papel de colores de las que se usan en las verbenas. Dentro, y a lo lejos, se oye un piano de manubrio. Ruido y voces de gentes que se divierten.

(*Al levantarse el telón, están en escena DOÑA MICAELA y DEOGRACIAS. Ella va recogiendo del montón farolillos y abriéndolos, para cerciorarse de que el papel no está roto. El la contempla con cierto arrobamiento.*)

DEOGRACIAS.—Bueno, se da usted una maña para inspeccionar faroles, que si lo supieran en el Ayuntamiento la subvencionaban.

MICAELA.—Los buenos ojos con que usted me mira, Deogracias.

DEOGRACIAS.—Buenos no sé si serán; pero detalle que ven, detalle que aprecian.

MICAELA.—Me parece que van muy deprisa.

DEOGRACIAS.—Pues no lo crea usted, porque se paran en todas las curvas. (*Por los contornos de ella.*)

MICAELA.—¡Ay, Deogracias, que está usted para que le aten!

BENITA.—(*Entrando por el foro.*) ¿Que si tien ustés cuerda?

DEOGRACIAS.—Bramante, querrás decir.

BENITA.—Pal caso es igual.

DEOGRACIAS.—Toma este ovillo. (*Le da uno y ella se va por el foro.*)

FIFI.—(*Que es una jovencita. Sale por el foro.*) Doña Micaela, deme usted más farolillos.

MICAELA.—(*Dándole unos cuantos.*) Toma, rica.

DEOGRACIAS.—¿Qué, cómo vais?

FIFI.—Todavía nos falta mucho. (*Fifí inicia el mutis.*) Ah, don Deogracias, dice Ulpiano que si ha vuelto Benalúa de Madrid con los pasteles.

DEOGRACIAS.—¿Pero cómo va a volver si hace una hora escasa que se fué?...

FIFI.—Bueno, bueno. (*Hace mutis.*)

MICAELA.—Y a propósito de su sobrino... ¿No ha notao usted que es otro hombre? Le veo tan contento, tan animoso...

DEOGRACIAS.—Fogata de virutas. Claro que está contento; realmente, no es para menos; ha tenido con la absolución de la Romana el éxito forense que tanta falta le hacía a él; ha cobrado el millón de su tío que tanta falta nos hacía a los dos; pero su carácter no cambia.

MICAELA.—¿Usted cree?

DEOGRACIAS.—Le conozco bien. Ahora, ya en posesión de la herencia, el día que menos lo esperemos, se recluye en un convento.

MICAELA.—Y en ese caso, ¿de qué le servirá el millón?

DEOGRACIAS.—Pero no le preocupe a usted. Aún vivo yo en el mundo... Y así como me he sacrificado por él muchos años, seguiría sacrificándome echando sobre mí la carga de administrar su fortuna.

MICAELA.—Verdaderamente, es usted un caso de abnegación.

DEOGRACIAS.—(*Con intención.*) Y sobre todo, ya buscaría yo la manera de repartir esa carga.

BONIFACIO.—(*Sale por el foro llevando una bolsa de moiré de las que se usan para guardar las togas de los abogados.*) ¡Aquí está esto!... ¡Menuda caminata!...

DEOGRACIAS.—¿Viene de la Audiencia?... ¿Ha acertado usted?

BONIFACIO.—A fuerza de vueltas. ¿Ande lo dejo?

DEOGRACIAS.—Ahí. (*Señala la derecha.*)

BONIFACIO.—¡Estoy derrengao! (*Echa por la derecha, y a poco vuelve a salir, ya sin la bolsa, y se va por el foro.*)

MICAELA.—¿Es la toga de Ulpiano?

DEOGRACIAS.—Sí. Ayer la encontraron y hemos enviado a buscarla, porque van a venir a retratarle para que salga en esa revista de tribunales que se llama "La Justicia Seca". (*Por el foro aparecen GUADALUPE, FIFI, JUANITA, que es otra señorita de la Colonia, y ULPIANO.*)

JUANITA.—Pero bueno, ¿es que ustedes no van a hacer nada?

FIFI.—¿No nos echan una mano?

JUANITA.—No tenemos de nada. (*Entregando lo que dice a las muchachas.*) Ahí tenéis: velas, faroles, cadenetas...

FIFI.—¿No vienen?

JUANITA.—Tendrán que hablar. (*Mutis las dos.*)

ORTIGOSA.—(*Por el foro muy alegre.*) Salutem plúriman.

ULPIANO.—¡Ortigosa!

ORTIGOSA.—Señoras y caballeros... Saludo a todos.

DEOGRACIAS.—Ya me figuraba yo que usted no faltaría.

ORTIGOSA.—¡Cómo iba a faltar!... No hice más que recibir su amable caart invitándome a pasar la tarde y cenar con ustedes, cuando me dispuse a venir.

ULPIANO.—Se lo agradezco de todo corazón.

ORTIGOSA.—¡Ahí es nada. La celebración del triunfo del elocuente letrado!...

MICAELA.—Habrá cena en el parque, verbena, fuegos artificiales, baile...

ORTIGOSA.—¡Magnífico!... Y el bueno de don Servando, ¿no vendrá?

DEOGRACIAS.—Le avisé el otro día.

ULPIANO.—Y hoy le ha llevado una carta Benalúa, recordándoselo.

ORTIGOSA.—¿Benalúa, el guardia que se enamoró de la Romana?

ULPIANO.—Sí, y que por complacerla presentó la dimisión, se quedó en la calle y no tiene que comer...

DEOGRACIAS.—Nosotros le ocupamos en lo que podemos para favorecerle.

BENALUA.—(*Aparece con una enorme cesta al brazo.*) Tardes buenas ya tengan todos.

MICAELA.—¿Trae usted los pasteles?

BENALUA.—El sestito lleno hasta arriba, pues. Dose kilos del peso o corridos se están. Sudar gota gruesa hise...

ULPIANO.—¿Llevó usted la carta a don Servando?

BENALUA.—¿Qué haser si no llevar? El mismo salió todo despeinado y me dijo, dise: "Les dises una notisia grande. Que el

Sipriano, el hermano de la desaparecida, está resiente a Madrid llegado."

DEOGRACIAS.—¿Cómo? ¿Y le ha visto?

BENALUA.—Esperándole ya estaba.

MICAELA.—Entonces ese pobre señor sabrá quién es el fruto y si vive o se ha muerto. ¡Ya era hora!

GUADALUPE.—¡Menos mal! ¡Pobre señor!

ULPIANO.—Bueno, ¿vamos al trabajo?

ORTIGOSA.—Sí, vamos. Estoy deseoso de ofrecerles mi prestación personal. (*Van saliendo todos por el foro, y cuando quedan en escena ULPIANO y GUADALUPE, BENALUA les detiene.*)

BENALUA.—Don Ulpiano... Señorita Guadalupe...

GUADALUPE.—¿Qué quiere, Benalúa?

BENALUA.—(*Emocionado.*) A ustedes, que más que nadie interesados ya paresen en las cuitas del desgrasiado Benalúa, quisiera desir...

ULPIANO.—¿El qué?

GUADALUPE.—Hable sin temor.

BENALUA.—Benalúa siente la dolor más terrible que un criatura humano ya sentiría...

GUADALUPE.—¿Acaso Romana?...

BENALUA.—Sí.

ULPIANO.—¿Qué le sucede?

BENALUA.—Malos pasos o así parese que se está andando.

GUADALUPE.—¿Qué le han dicho?

BENALUA.—Cosa fea, quiere haserse que un vergüensa está.

GUADALUPE.—¿Qué se quiere haeer?

BENALUA.—(*Llorando.*) ¡Tanguista quiere estar, buseándose el perdisión!

ULPIANO.—No llore, Benalúa, no llore, y piense que esos informes deben ser equivocados.

BENALUA.—Que sí, que sí... Ropas ya compró... Murattis ya fuma... En cabarés pretender ya hiso, y cantar ya canta aquello de "al media lus todo, al media lus todo"...

GUADALUPE.—¿Pero la ha visto usted? ¿Ha hablado con ella?

BENALUA.—Hablar no hise, pero confidensias, ya tengo... A Romana, buscarse el perdisión se le metió en el cancarro...

ULPIANO.—¿Qué eso del cancarro?

BENALUA.—El cabesa.

GUADALUPE.—Pues no se desconsuele usted y olvídela... ¡Parte el alma oirle!...

BENALUA.—¡Si podría ya hisiera!

ULPIANO.—Vaya al parque y anímese con las criaditas de la colonia, que las hay monísimas.

GUADALUPE.—Mucho más guapas que la Romana.

BENALUA.—Para Benalúa el diversión de más está... Perdón ya les pido... Ya sé que idiota o así estoy; pero lágrimas salen..., tristesas trastornan...

GUADALUPE.—¡No llore!

BENALUA.—Perdón, perdón..., ¡quién sabría si al tiempo que el infelis vasco llora, la Romana se anda en cabaretes canturreando el cansión aquel de "moso, a ver si otra copa me traes, pues..." o así... (*Llorando amargamente hace mutis.*) ¡El perdisión y la bochorno!...

ULPIANO.—Este guardia es la Catalina Bárcena.

GUADALUPE.—No se ría usted de él... Es ingenuo, porque el amor que siente por Romana absorbe su vida.

ULPIANO.—¡No lo comprendo!

GUADALUPE.—Bien sé que usted no lo puede comprender, Ulpiano. Vive fuera del mundo. Me refiero al mundo ideal. No puede usted ocultar su vocación...

ULPIANO.—¿A qué vocación se refiere usted?

GUADALUPE.—A la religiosa... Según su tío, ahora ya, después de lograr lo que quería, nos dejará usted para recluirse en la soledad del claustro.

ULPIANO.—Eso es lo que quisiera mi tío.

GUADALUPE.—No comprendo qué razones pueda tener para desearlo.

ULPIANO.—Muchas... ¡Un millón lo menos!...

GUADALUPE.—(*Ruborosa.*) Sentiría perderle a usted como amigo...

ULPIANO.—¿Perderme? (*Insinuante.*) Calle, Guadalupe, que me va a encontrar... (*Por el foro sale DEOGRACIAS, MICAELA, ORTIGOSA y REGULEZ, que lleva una máquina fotográfica.*)

DEOGRACIAS.—Pase, pase usted. Ulpiano, aquí está este señor, que viene a hacerte el retrato para "La Justicia Seca".

ULPIANO.—Es un gran honor para mí.

REGULEZ.—Y para el periódico. Yo estoy encargado de una sección por las que desfilan las grandes figuras del foro.

ULPIANO.—Sí, una sección que usted titula: "Birretes que van a la cabeza".

REGULEZ.—Justamente.

ULPIANO.—Es un honor inmerecido.

REGULEZ.—Sólo me resta hacerle un retrato.

ULPIANO.—Pues estoy a sus órdenes.

REGULEZ.—Ahora, yo desearía que se pusiera usted la toga.

DEOGRACIAS.—Precisamente acaba de traerla Bonifacio. En tu cuarto la tienes.

ULPIANO.—Pues voy a ponérmela. Un momento. *(Vase por la derecha. Mientras REGULEZ coloca la cámara fotográfica en el primer término derecha, enfocando la mesa.)*

REGULEZ.—¡Ha sido un gran triunfo el de este letrado! ¿Y es cierto que quiso pegarle la procesada?

ORTIGOSA.—No es que quiso pegarle, es que le pegó.

DEOGRACIAS.—Armó un escándalo que no se lo mejora Cagancho.

REGULEZ.—¿Y cómo acabó aquello?

ORTIGOSA.—Muy bien. Romana, a pesar de sus intemperancias, tiene una ingenuidad atractiva, que le captó las simpatías de la Sala y del público que presenció la vista.

DEOGRACIAS.—Como que se hizo una cuestación a su favor, de la que se sacó cerca de cincuenta duros.

ULPIANO.—*(Sale nuevamente por la derecha, vistiendo una toga, que, en oposición a la que sacó en el acto anterior, le estará pequeñísima. Las mangas le llegan al codo y el faldón a la rodilla. Va tocado, como complemento, con un birrete minúsculo. Al verle en tal guisa, todos sueltan la carcajada.)* ¡Me la han vuelto a cambiar!

DEOGRACIAS.—¡Otro percance!

REGULEZ.—No importa. Después de retocar no se ha de conocer en la fotografía... ¿Estamos? Bien. *(Coloca a Ulpiano.)* Adopte una actitud tribunicia. *(Ulpiano se coloca en la misma actitud que adoptó en el primer acto para recibir a Romana.)*

ULPIANO.—¿Estoy bien así?

REGULEZ.—Muy bien. Quieto un momento. *(Hace el retrato.)* Ya está. Haremos otro, por si acaso.

ULPIANO.—Creo que no me he movido.

REGULEZ.—No importa: es un segundo. Un momento. *(Cuando va a hacer la fotografía, aparece por el foro ROMANA, que viene desconocida de indumentaria. Lleva un vestido de colores chillones. Luce zapatos de charol, medias de seda y un sombrerito también de colores. En la mano lleva un bolso enorme.)*

ROMANA.—*(Que no ve más que a Ulpiano.)* ¡Ay, hijo! Siempre que entro en su casa me lo encuentro a usté como si se fuera a retratar. *(En este instante ve a los otros personajes.)* ¡¡Anda Dios!! Pues si que se va a retratar.

ULPIANO.—Terminado.

TODOS.—¡Romana!

ROMANA.—La misma que viste y calza a la derniere.

REGULEZ.—Muchísimas gracias, ilustre letrado.

ULPIANO.—Las gracias a usted.

REGULEZ.—Señores, buenas tardes.

TODOS.—Buenas tardes. (*Vase Regulez por el foro.*)

ULPIAÑO.—Pero, bueno, ¿cómo usted por aquí, Romana?

ROMANA.—Porque me he enterao de que han enviao ustedes invitaciones pa este festival y me he dicho: "Anda pa allá, Romana, que te van a echar de menos".

GUADALUPE.—El que se alegrará mucho es Benalúa, que está aquí.

ROMANA.—(*Reparando en Guadalupe.*) ¿Quién es esta vedete?

MICAELA.—Oiga, eso de vedete...

ROMANA.—No me diga usté más, señora: es su niña.

ULPIANO.—Más respeto, Romana.

ROMANA.—(*Mirando de hito en hito a Guadalupe y a Ulpiano.*) ¡Lo que me da en la nariz!...

ORTIGOSA.—Bueno, Romana, deja la nariz y cuéntanos..., que estamos llenos de curiosidad.

ROMANA.—¿Por qué?

ULPIANO.—Ante todo. ¿Esa transformación, a qué se debe?

ROMANA.—Que me he hecho niña bien, o, por lo menos, regular.

ULPIANO.—¡Ah!

ROMANA.—¡Y to ello por unas gambas, que me gustan la mar!

GUADALUPE.—(*Riendo.*) ¿Por unas gambas?... No entiendo...

ROMANA.—Me fui a la plaza de Santa Ana, entré en una cervecería, batí palmas y pedí que me pusieran una ración y me echaran un tercio.

ULPIANO.—¿Y le echaron?

ROMANA.—Me echaron del local, porque estaba mal vestida. Pero en esto me acuerdo de una pollita que había visto en el escaparate de una tienda de modas, así de mi tipo, sólo que con el pelo dorao, las uñas como tomates y un "60" prendido en la región..., bueno, en la región más interesante pa las amas de cria...

MICAELA.—Comprendo. El sesenta era el precio de la prenda.

ROMANA.—Y entonces, acariciando el puñao de duros, me dije: "A esa joven la desnudo yo"... Y como lo pensé lo hice... A los diez minutos salía yo de la tienda de una conformida que los chóferes del punto vecino me suplicaron que les cantara un tango, creyéndose que era la Celia Gámez.

GUADALUPE.—¿Es cierto que quiere usted ser tanguista?

ROMANA.—Sí; pero he fracasao. He ido a tres cabaretes a pretender y he pegao a los tres dueños.

MICAELA.—¿Y qué va usted a hacer?

ROMANA.—Eso, él señor lo verá. (*Por Ulpiano.*)

ULPIÑO.—¿Yo?

DEOGRACIAS.—¿Pero qué tiene que ver mi sobrino?

ROMÑÑA.—¡Friolera! Por él me veo como me veo.

ULPIÑO.—Pero, ¿qué perjuicio le he hecho yo? ¿No conseguí que la absolvieran?

ROMANA.—Me dijeron que si usté me defendía no había quien me quitara doce años de presidio. ¡Y eso era para mí resolver el problema! ¡Con lo bien que se está allí!

ORTIGOSA.—Entonces hay que meterla en la cárcel, sea como sea.

ROMANA.—Sí, señor. Me tien ustés que meter, porque yo no tengo influencia pa entrar.

DEOGRACIAS.—Eso es muy fácil.

ROMANA.—¡Que se cree usté eso! Yo pongo los medios y me fallan. Anoche, al pasar por la Gran Vía, vi una tienda la mas de lujosa... El amo estaba en la puerta y se me ocurrió una idea genial.

ULPIANO.—¿Cuál?

ROMANA.—Tirar una piedra al escaparate y hacer cisco la luna.

GUADALUPE.—¿Y lo hizo usted?

ROMANA.—Claro que sí.

ORTIGOSA.—¿Y qué ocurrió?

ROMÑÑA.—Pues que el dueño vino a darme las gracias, porque acababa de asegurar las lunas y estaba descontento de las que le habían puesto.

MICAELA.—Es extraordinario.

ROMÑÑA.—¡Que tengo una mala pata horrible!

ULPIANO.—¿Y no ha hecho usted ningún otro intento?

ROMANA.—Sí, señor. Al venir pa acá, he pasao por una ferretería, y en las narices del encargao, he empezao a coger puntas de París de un saco lleno de ellas, que había a la entrada.

GUADALUPE.—¿Y qué?

ROMANA.—Pues que el encargao, amabilísimo, me ha regalao un paquete de medio kilo.

ORTIGOSA.—¡Es gracioso!

ROMANA.—Y ahora acabo de hacer el último intento, que veremos a ver si me sale bien.

ULPIANO.—¿Qué ha hecho?

ROMANA.—Pues que he volcao to el paquete ahí abajo, en la carretera, junto al paso a nivel.

GUADALUPE.—¿Con qué objeto?

ROMANA.—Con el objeto de que al primer auto que pase, se le hagan cisco las cuatro ruedas.

ULPIANO.—Sí que es aguzar el ingenio.

ROMANA.—Y pa que no haya dudas, a una chiquita que estaba allí sentada merendando, la he dicho: "Mira, rica, cuando veas que se para aquí un auto y maldice el dueño, di que la que tie la culpa es una joven que está en el hotel de don Ulpiano... Veremos a ver si me da resultao.

GUADALUPE.—¿Y por qué en vez de hacer todo eso, no se casa con Benalúa, que está loco por usted?

ROMANA.—¿Casarme yo con Benalúa?... Hombre, ha estao usté buena. Tan buena, que se ha ganao usté un egipcio... (*Saca del bolso una caja y ofrece uno a Guadalupe.*)

GUADALUPE.—Gracias, no fumo.

ROMANA.—(*Ofreciendo a doña Micaela.*) ¿Y usté, señora?

MICAELA.—Tampoco.

ROMANA.—(*A ellos.*) A ustedes no les ofrezco, porque los hombres no fuman... En fin, fumaré yo... (*Se coloca un pitillo en la boca y saca una caja de cerillas de las de cuarenta.*) De cuarenta, ¿eh?... Y que pa que no me fallen, enciendo dos o tres de cada vez. (*Como lo dice lo hace. Enciende tres cerillas, prende el cigarro y tira las cerillas despreocupadamente, sin apagarlas.*)

DEOGRACIAS.—¡Eh, que nos va usted a quemar la casa!

ROMANA.—Pues como iba diciendo... Si yo me casara con Benalúa, que no tiene que comer, ¿de qué ibamos a vivir?

GUADALUPE.—Si por complacerla a usted dejó de ser guardia, por matenerla trabajaría.

ROMANA.—(*Digna.*) ¡Ah, sí!... ¿Pero usted se cree que yo me voy a casar con un hombre que trabaje?... ¡En mis días!... Yo no puedo ver trabajar. ¡Que trabaje Rita! (*Por el foro aparece un chófer de uniforme.*)

CHOFER.—Buenas tardes... Ustedes disimulen...

ROMANA.—¡Un chófer!... ¡No me diga más!...

CHOFER.—¿Está aquí una joven que...?

ROMANA.—Soy yo. ¿Pregunta por la que ha tirao los clavos?

CHOFER.—Justamente.

ROMANA.—Pues aquí me tiene. Lléveme ande quiera. (*Satisfecha.*) ¿Se ha quedao usté parao en seco, eh?

CHOFER.—Gracias a Dios.

ULPIANO.—¿Pero es que se alegra usted?

CHOFER.—¡No, que no! Como que no he hecho más que parar y ha pasao el exprés.

TODOS.—¡Eh!

CHOFER.—Si no es por los clavos, me coge de lleno.

ROMANA.—¡Mi madre! ¿Entonces le he hecho a usté un favor?

CHOFER.—Que le debo la vida y los amos el coche.

ROMANA.—(*Desesperada.*) ¿Ven ustedes? ¿Se convencen?

CHOFER.—Uno, en su pobreza, no puede hacer mucho...; pero, en fin, ahí van esos cinco duros. (*Le da un billete de cinco duros.*) Y que Dios la bendiga. Buenas tardes. (*Hace mutis.*)

ROMANA.—(*Loca.*) ¡Esto es para volverse loca! (*Después de pensar unos momentos y como adoptando una determinación trágica.*) Bueno. (*A Ulpiano.*) ¿No hay una persona a quien tenga mucho odio?

ORTIGOSA.—¿Por qué?

ROMANA.—Porque asesino a precios de liquidación.

GUADALUPE.—¡Romana!

MICAELA.—No se esfuerce. Está de Dios que no vaya usted a la cárcel...

ROMANA.—¿Sí? Pues ahora mismo me gasto estos cinco duros en velas y se las llevo a Jesús para que me conceda dormir en la cárcel esta noche.

ULPIANO.—Romana, que eso es una herejía.

ROMANA.—Lo que es una herejía es que yo no pueda resolver el problema. (*Excitadísima.*) ¡Pero hoy lo resuelvo!... Puesto que no me llevan a la cárcel por una pequeñez, como yo quería, haré una sonada... ¡Algo que deje recuerdo!...

TODOS.—¡Romana!

ROMANA.—No soy Romana... ¡Soy Landrú! ¡Soy Barba Azul!, y... soy con ustedes en seguida si me falla la combinación, porque yo no duermo al raso. (*Hace mutis por el foro.*)

ORTIGOSA.—¡Se ha vuelto loca! (*Sale al jardín.*)

MICAELA.—¡Va a hacer un disparate!

GUADALUPE.—¡Un crimen, quizás!

DEOGRACIAS.—No lo crean. Romana es una infeliz.

ULPIANO.—Lo primero que hay que hacer es decirle a Benalúa lo que ocurre. (*Entran Benalúa y Ortigosa.*)

GUADALUPE.—¿Se ha enterado usted, Benalúa?

BENALUA.—¡Desgracia grande, grande! (*Llora.*) ¡El perdisión! ¡Yo ya decía que el perdisión se buscaba la chiquilla!

(*Se oye la bocina de un auto.*)

ORTIGOSA.—Acaba de llegar un automóvil.

ULPIANO.—¿Quién?

ORTIGOSA.—Es don Servando.

DEOGRACIAS.—Ya sabía yo que vendría. (*Por el foro aparece don Servando, que entra vacilante y sudoroso, dando inequívocas pruebas de una gran excitación. Apenas puede hablar.*)

SERVANDO.—Buenas... ¡Agua! (*Cae en una silla.*) ¡Agua!

ULPIANO.—¿Qué pasa?

SERVANDO.—¡Aire!... (*Le abanican y le dan agua en un vaso.*)

DEOGRACIAS.—Amigo Servando, ¿qué le ocurre?

SERVANDO.—¡Increíble! ¡Estupendo!

GUADALUPE.—Hable, hable usted.

ULPIANO.—¿Vió al Cipriano?

SERVANDO.—Vile...

DEOGRACIAS.—¿Le habló?

SERVANDO.—Habléle.

DEGRACIAS.—¿Y usted sabe...?

SERVANDO.—Sabo..., digo sé...

ULPIANO.—¿Ha sabido del fruto?

SERVANDO.—¡No es fruto!... ¡Es fruta!... Quiero decir que no es hijo..., sino hija...

GUADALUPE.—¿Y esa hija?

SERVANDO.—Esa hija, abandonada por mí es ... ¡es Romana!...

ORTIGOSA.—¡Corramos en su busca! Yo voy corriendo.

SERVANDO.—¿Estaba aquí?

ULPIANO.—Se acaba de marchar.

BENALUA.—¡Ella!... ¡Ella!... ¡San Ignacio de Loyola! (*Cae desmayado en los brazos de Micaela.*)

MICAELA.—Benalúa, Capicúa!...

ULPIANO.—¡Pronto!... ¡A buscar a esa mujer! (*En el foro, llamando.*) ¡Bonifacio, Valentina, Benita!

(*Por el foro sale Ortigosa disparado, BENITA, VALENTINA y BONIFACIO, que aparecen por diferentes sitios, salen detrás de ORTIGOSA. GUADALUPE y MICAELA colocan al accidentado BENALUA en un sillón y le abanican. DEOGRACIAS y ULPIANO rodean a SERVANDO.*)

ULPIANO.—Pero bueno, don Servando, ¿cómo ha averiguado usted?

SERVANDO.—Cipriano, me lo ha referido todo... Aquella joven a quien yo abandoné, se fué a Soria, en donde tenía unos parien-

tes, que la desdeñaron... En esto, Romana vino al mundo... La madre murió al siguiente día y la niña fué recogida por un matrimonio que, compadecidos de ella, la prohijaron.

ULPIANO.—¡Casado y Quesada!

SERVANDO.—Los mismos... Años después vinieron a Madrid, y después de su muerte, quedó en el arroyo mi desventurada hija.

DEOGRACIAS.—(*Al foro.*) ¡Calle!... Me parece que vuelven... Sí, aquí está Ortigosa.

ULPIANO.—¿Y Romana?

ORTIGOSA.—Aquí viene. La traen entre el jardinero y las criadas, porque la pobre, al saber por mis labios la noticia, ha perdido el poco conocimiento que tiene.

ULPIANO.—¿Dónde la han encontrado?

ORTIGOSA.—Ahí abajo. Junto a la fábrica de aserrar maderas. Cuando llegamos estaba sentada en un poyo próximo a la verja.

DEOGRACIAS.—¿Qué hacía?

ORTIGOSA.—Tenía un pitillo en la boca y tres cerillas encendidas en la mano derecha, que parecían una antorcha.

ULPIANO.—¿Y al decirle usted lo que sucedía, qué hizo?

ORTIGOSA.—Tiró el pitillo, las cerillas y el bolso, dió un grito y cayó desvanecida.

SERVANDO.—¡Hija de mi corazón!

DEOGRACIAS.—¡Aquí la traen!

(*Por el foro entran BONIFACIO, BENITA y VALENTINA, que traen a ROMANA desmayada. La acomodan.*)

SERVANDO.—(*A Romana.*) ¡Hija! ¡Hija mía! ¡Pimpollo!

ROMANA.—(*Volviendo.*) ¡Eh! ¿Dónde estoy? ¿Estoy en la cárcel?...

SERVANDO.—No, hija mía... ¡Estás con tu padre!

ROMANA.—¡Eh! ¿Usted mi papá? ¿Cómo está usted, papá?

SERVANDO.—A tu devoción, hija mía, y para siempre, ¿no te alegras?

ROMANA.—Según y cómo... ¿Qué tal anda usté de dinero, papaito?

SERVANDO.—Soy rico, muy rico..., riquísimo... Llevo veintidós años ahorrando dinero para ti.

ROMANA.—¡Pues podía usté haber avisado antes!

GUADALUPE.—Bueno, ¿y qué hacemos? Este pobre Benalúa no vuelve.

ROMANA.—¿Qué le pasa?

ULPIANO.—Que al enterarse de la noticia se desmayó.

ROMANA.—¡Pobrecillo! (*Gritándole.*) ¡Benalúa!

BENALUA.—(*Volviendo.*) ¡Eh! ¿Qué?

ROMANA.—Vuelve, que te voy a presentar a papá.

BENALUA.—Ya conosco.

ROMANA.—Papá, mire usté a su yerno...

BENALUA.—¡San Ignasio! (*Hace ademán de desmayarse otra vez.*)

ROMANA.—No te desmayes, que ahora no hay necesidad. ¿Te gusta este tipazo, papaíto?

SERVANDO.—Gustándote a ti... No he de quitarte ningún gusto... Hoy empieza para mí una nueva vida.

ULPIANO.—Y para todos.

ROMANA.—¿Para usted también, so abogadazo?

ULPIANO.—Yo cierro el bufete.

DEOGRACIAS.—¿He oído bien? ¡Ahora que empiezas a ser célebre?

ULPIANO.—Ahora, sí, señor.

ROMANA.—¿De modo que mi jucio...?

ULPIANO.—Para mí ha sido el último. El juicio final.

ROMANA.—¿Y qué va usted a hacer?

ULPIANO.—Recluirme.

TODOS.—¡Eh!

DEOGRACIAS.—¡Lo que yo esperaba!

ULPIANO.—Recluirme en esta casa con alguna persona que me acompañe. (*Intencionado.*)

ROMANA.—(*A Guadalupe.*) ¿No se desmaya?

DEOGRACIAS.—¿Y yo?

ULPIANO.—Usted no cabe aquí ya. Se tiene usted que ir de este hotel.

DEOGRACIAS.—¿A dónde?

ULPIANO.—Al de al lado.

MICAELA.—(*Ruborosa.*) ¡Ulpiano! ¡Ulpianete!...

SERVANDO.—¿Eres feliz hija mía?

ROMANA.—Ya lo creo... ¡Y pensar que he hecho todo lo posible por ir a la cárcel y no lo he podido lograr.

BONIFACIO.—(*Por el foro.*) Aquí vienen a buscar a la joven. (*Por Romana.*)

ROMANA.—¿A mí? ¿Quién?

BONIFACIO.—La pareja de la Guardia civil.

SERVANDO.—¿Para qué?

BONIFACIO.—Pa llevársela a la cárcel.

TODOS.—¡Eh!

ROMANA.—¿A mí? ¿Por qué?

BNIFACIO.—Porque antes, ahí abajo, al desmayarse, tiró las cerillas..., cayeron en unos maderos..., y está ¡ardiendo la fábrica por los cuatro costaos!...

ROMANA.—(*Llorando.*) ¡Ay, papá!...

SERVANDO.—No te apures, hija, yo lo arreglaré... ¿Para qué si no sirve el dinero?... Ustedes todos a divertirse y a bailar, que hoy es un gran día.

ROMANA.—Mi papá tiene razón; en el mundo no hay más que una verdad, que es el dinero. Todo lo demás es música.

TODOS.—¡Música!

(*Dentro vuelve a sonar el organillo.*)

ULPIANO.—¡Pues a bailar!

ROMANA.—¡A bailar!

(*Forman pareja ROMANA con BENALUA, ULPIANO con GUADALUPE y DEOGRACIAS con MICAELA. Cuando van a comenzar el baile, va cayendo el*

TELON

LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro

DIRECTOR: VALENTIN DE PEDRO

Precio del ejemplar
50
céntimos

Las obras más interesantes
Las de más prestigiosos autores
Las que más expectación
hayan despertado
Las encontrará usted en

LA FARSA

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de San Vicente, 18
M A D R I D

NUMEROS PUBLICADOS

PRECIO DEL EJEMPLAR: 50 cts.

1. LA CARABA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
2. MI MUJER ES UN GRAN HOMBRE, de Cadenas y G.-Roig.
3. LA VILLANA, de Romero y Fernández Shaw.
4. LA AVENTURERA, de José Tellaeche.
5. LA CUESTION ES PASAR EL RATO, de los Hnos. Quintero.
6. ATOCHA, de Federico Oliver.
7. ¡MAL AÑO DE LOBOS!, de Manuel Linares Rivas.
8. MARIA DEL MAR, de Juan Ignacio Luca de Tena.
9. LA DEL SOTO DEL PARRAI, de Sevilla y Carreño.
10. LA SOPA BOBA, de Antonio Paso y Antonio Paso (hijo).
11. LOS LAGARTERANOS, de Luis de Vargas.
12. ME CASO MI MADRE..., de Carlos Arniches.
13. ¡ESCAPATE CONMIGO...!, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
14. CALAMAR, de Pedro Muñoz Seca.
15. LAS ALONDRAS, de Romero y Fernández Shaw.
16. EL ANTICUARIO DE ANTON MARTIN, de Antonio Paso.
17. CANCIONERA, de Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
18. EL GATO CON BOTAS, de Tomás Borrás y Valentín de Pedro.
19. VIA CRUCIS, de Luis Fernández Ardavín.
20. SU MANO DERECHA, de Honorio Maura.
21. ENTRE DESCONOCIDOS, de Rafael López de Haro.
22. LA MANOLA DEL PORTILLO, de Carrere y Pacheco.
23. DOÑA MARIA LA BRAVA, de Eduardo Marquina.
24. LA CHULA DE PONTEVEDRA, de Paradas y Jiménez.
25. LA ULTIMA NOVELA, de Manuel Linares Rivas.
26. LA NOCHE ILUMINADA, de Jacinto Benavente.
27. ¡USTED ES ORTIZ!, de Pedro Muñoz Seca.
28. TU SERAS MIO, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
29. LA PETENERA, de Serrano Anguita y Góngora.
30. EL ULTIMO ROMANTICO, de José Tellaeche.
31. LA MALA UVA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
32. LA CASA DE LOS PINGOS, de Paso y Estremera.
33. LA MARCHENERA, de R. González del Toro y F. Luque.
34. EL QUE NO PUEDE AMAR, de Alejandro Mac-Kinley.
35. LA MURALLA DE ORO, de Honorio Maura.
36. LA PARRANDA, de Luis Fernández Ardavín.
37. EL DEMONIO FUE ANTES ANGEL, de Jacinto Benavente.
38. LA MORERIA, de Romero y Fernández Shaw.
39. LA CURA, de Pedro Muñoz Seca y Enrique García Velloso.
40. EL SEÑOR DE PIGMALION, de Jacinto Grau.
41. Y VA DE CUENTO, de Jacinto Benavente.
42. HERNANI, de los hermanos Machado y Villaespesa.
43. NO HAY DIFICULTAD Y CRISTOBALON, de Linares Rivas.
44. LA CAPITANA, de Sevilla y Carreño.

45. MI PADRE NO ES FORMAL, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
46. ¡BENDITA SEAS!, de Alberto Novión.
47. ¡PARA USTE LA JACA, AMIGO!, de Ramón de Castro.
48. EL BUEN CAMINO, de Honorio Maura.
49. EL TIO QUICO, de Carlos Arniches y J. Aguilar Catena.
50. ¡POR EL NOMBRE!, de Federico Santander y José María Vela.
LA MAS FUERTE, de Augusto Strindberg.
51. MADEMOISELLE NANA, de Pilar Millán Astray.
52. MARIANA PINEDA, de Federico García Lorca.
53. EL CADAVER VIVIENTE, de León Tolstoi.
54. EL DESEO, de Luis Fernández Ardavín.
55. CUENTO DE AMOR, de Benavente, y SONATA, de Viu.
56. ¡MAS QUE PAULINO...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57. UN ALTO EN EL CAMINO, de El Pastor Poeta.
58. CUERDO AMOR, AMO Y SEÑOR, de Avelino Artís.
59. ¡NO QUIERO, NO QUIERO!..., de Jacinto Benavente.
60. LA ATROPELLAPLATOS, de Paso y Estremera.
61. EL BURLADOR DE SEVILLA, de Francisco Villaespesa.
62. LAS ADELFAS, de Manuel y Antonio Machado.
63. LOLA Y LOLO, de José Fernández del Villar.
64. EL AUTOMOVIL DEL REY, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65. MI HERMANA GENOVEVA, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66. RAQUEL y EL NAUFRAGO, de Honorio Maura.
67. LA MAJA, de Luis Fernández Ardavín.
68. EL ROSAL DE LAS TRES ROSAS, de Manuel Linares Rivas.
69. LA TATARABUELA, de Cadenas y González del Castillo.
70. EL ULTIMO LORD, de Ugo Falena.
71. CUENTO DE HADAS, de Honorio Maura.
72. ¡UN MILLON!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73. ORO MOLIDO, de Federico Oliver.
74. DE LA HABANA HA VENIDO UN BARCO..., de Paso y Estremera.
75. LAS HILANDERAS, de Federico Oliver.
76. HILOS DE ARAÑA, de Manuel Linares Rivas.
77. ¡MIRA QUE BONITA ERA...!, de Francisco Ramos de Castro.
78. CUENTO DE ALDEA, de Luis Fernández Ardavín.
79. UNA MANO SUAVE, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80. ¿QUIEN TE QUIERE A TI?, de Luis de Vargas.
81. ¡AL ESCAMPIO!, de El Pastor Poeta.
82. LO IMPREVISTO, de Francisco de Viu.
83. EL CLUB DE LOS CHIFLADOS, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
84. LA SANTA, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.
85. LOS CLAVELES, de Sevilla y Carreño.
86. EL SOLAR DE MEDIACAPA, de Carlos Arniches.
87. EL SOFA, LA RADIO, EL PEQUE Y LA HIJA DE PALOMEQUE, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
88. EL ROSARIO, de Florencia L. Barclay y A. Bisson.

89. LA DAMA DEL ANTIFAZ, de Charles Meré, traducción de Cristóbal de Castro.
90. NOCHE DE CABARET, de Antonio Paso y Antonio Estremera.
91. LA PRISIONERA, de Bourguet, trad. de Cadenas y G.-Roig.
92. UNA FARSA EN EL CASTILLO, de Molnar, trad. de Lepina.
93. ¿QUE TIENES EN LA MIRADA?, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
94. PEPA DONCEL, de Jacinto Benavente.
95. EL FANTASMA DE CANTERVILLE, de Oscar Wilde.
96. LA CASA DE LA TROYA, de Linares Rivas y Pérez Lugín.
97. LA NIÑA DE PLATA, de Lope de Vega, refundición de Antonio y Manuel Machado.
98. NAPOLEON EN LA LUNA, por Navarro y Sáez.
99. ADAN Y EVA, por Pilar Millán Astray.
100. LA DAMA DEL MAR, de Ibsen, versión española de Cristóbal de Castro.
101. ROMANCE, adaptación española de A. Fernández Lepina.
102. EL ABOLENGO, de Manuel Linares Rivas, y DUO, de Paulino Masip.
103. AMO A UNA ACTRIZ, de Ladislao Fodor, traducción de Enrique de Rosas.
104. PARA EL CIELO Y LOS ALTARES, de Jacinto Benavente.
105. DON FLORIPONDIO, de Luis de Vargas.
106. EL CARDENAL, de Luis N. Parker. adaptado a la escena española por Manuel Linares Rivas y Federico Reparaz.
108. LA ARAÑA DE ORO, de Orsler y Brentano, versión castellana de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
109. LA LOBA, de Ceferino R. Avecilla y Manuel Merino.
110. ¡ATREVETE, SUSANA!, de Ladislao Fodor, traducida del húngaro por Tomás Borrás y Andrés Révèsz.
111. EL DIFUNTO ERA MAYOR, de Luis Manzano Mancebo.
112. HAN MATADO A DON JUAN, de Federico Oliver.
113. SIXTO SEXTO, por Antonio Paso y Antonio Estremera.
114. LA LOLA SE VA A LOS PUERTOS..., por M. y A. Machado.
115. ¡MALDITA SEA MI CARA!, por Magda Donato y Antonio Paso.
116. LO QUE DIOS DISPONE, de Muñoz Seca.
117. PARA TI ES EL MUNDO, de Carlos Arniches.
118. ORIENTE Y OCCIDENTE, de W. Somerset Maugham.
119. ESTUDIANTES Y MODISTILLAS, de Antonio Casero.
120. VOLPONE, de Ben Jonson.
121. EL ALFILER, de Pedro Muñoz Seca.
122. SER O NO SER, de Rafael López de Haro.
123. MARIA VICTORIA, de Manuel Linares Rivas.
124. EL GATO Y EL CANARIO, de John Willard, traducida por José Luis Salado y F. Pérez de la Vega.
125. LA AVENTURA DE IRENE, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
126. ¿QUE DA USTED POR EL CONDE?, de Antonio Paso y Emilio Sáez.

127. MAYA, de Simón Gantillón, traducción de Azorín.
128. EL NEGRO QUE TENIA EL ALMA BLANCA, de Insúa y Oliver.
129. ELLA O EL DIABLO, de Rafael López de Haro.
130. EL CUATRIGEMINO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
131. LOS TRES MOSQUETEROS, de Ardavín y Valentín de Pedro
132. CUANDO EMPIEZA LA VIDA, de Linares Rivas.
133. ¡LA CONDESA ESTA TRISTE!..., de Carlos Arniches.
134. MANOS DE PLATA, de Francisco Serrano Anguita.
135. DE CUARENTA PARA ARRIBA..., de Antonio F. Lepina y Ricardo G. del Toro.
136. FABIOLA O LOS MARTIRES CRISTIANOS, de Tomás Borrás y Valentin de Pedro.
137. PELELES, de Franciscod de Viu.
138. ANFISA, de Leonidas Andriev.
139. EL PROTAGONISTA DE LA VIRUD, de Manuel D. Benavides.
140. EL RUISEÑOR DE LA HUERTA, de El Pastor Poeta.
141. ¡CONTENTE, CLEMENTE!, de Antonio Paso.
142. EL ALMA DE LA ALDEA, de Linares Rivas y Méndez de la Torre.
143. EL MILLONARIO Y LA BAILARINA, de Pilar Millán Astray.
144. LA HIJA DE JUAN SIMON, de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.
145. EL CONDENADO POR DESCONFIADO, de Tirso de Molina, arreglo de los Hnos. Machado.
146. LA EDUCACION DE LOS PADRES, de José Fernández del Villar.
147. LA MALA MEMORIA, de Abati y García Alvarez, y LA CIZAÑA, de Linares Rivas.
148. LA ROSA DEL AZAFRAN, de Romero y Fernández Shaw.
149. SHANGHAY, de John Colton, traducción de A. Mori.
150. SATANELO, de Pedro Muñoz Seca.
151. CASANOVA, de Loran Orbok, traducción de F. de Viu.
152. SEIS PESETAS, de Luis de Vargas.
153. LA SOMBRA, de Darío Niccodemi.
154. LOS POLLOS "CAÑON", de José Fernndez del Villar.
155. LA MAR Y SUS PECES, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156. LA MUJER DESNUDA, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarce.
157. LA CARCEL MODELO, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158. TRIANERIAS, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159. EL SEPTIMO CIELO, de Austin Strong, traducción de Antonio F. de Madrid.
160. OLIMPIA, de Franz Molnar, traducción de Tomás Borrás y Andrés Révèsz.
161. PAPA GUTIERREZ, de Francisco Serrano Anguita.
162. EL CRIMEN DE JUAN ANDERSON, de Annie Wisse, adaptación de Juan G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.

163. "K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164. LA ESPADA DEL HIDALGO, de Luis Fernández Ardavín.
165. DON ESPERPENTO, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166. LA DANZARINA ROJA, de Charles-Henry Hirsch, traducció de Lepina y Burgas.
167. SIEGFRIED, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
168. LA CALLE, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás.
169. EL TONTO MAS TONTO DE TODOS LOS TONTOS, de Antoni Paso y Tomás Borrás.
170. EL AMANTE DE MADAME VIDAL, de Luis Verneuil.
171. LA PERULERA, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172. ¡CASATE CON MI MUJER!, de Ladislao Fodor, adaptación es pañola de Tomás Borrás.
173. ME LO DABA EL CORAZON, de Honorio Maura.
174. LA VIEJA RICA, de Fernández del Villar.
175. PIRUETA, de Fernando de la Milla.
176. LA MARICASTAÑA, de Felipe Sassone.
177. ¡VIVA ALCORCON, QUE ES MI PUEBLO!, de Ramos de Ca tro y Carreño.
178. EL SEÑOR BADANAS, de Arniches.
179. LA CONDESITA Y SU BAILARIN, de Honorio Maura.
180. MONTE DE ABROJOS, de José Castellón.
181. ADAN O EL DRAMA EMPIEZA MAÑANA, de Felipe Sa sone.
182. LOS CHAMARILEROS, de Arniches, Abati y Lucio.
183. EL ALMA DE CORCHO, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
184. HAN CERRADO EL PORTAL, de Ardavín.
185. TIERRA EN LOS OJOS, de Serrano Anguita.
186. EL HOMBRE QUE SE DEJA QUERER, de Bernard Shaw.
187. TOMAME EN SERIO, de Antonio Paso.
188. LA NOCHE LOCA, de Honorio Maura.
189. MARI-BEL, de Rafael Coello de Portugal.
190. EL CUENTO DEL LOBO, de Molnar.
191. PROA AL SOL, de Angel Lázaro.
192. EL PADRE ALCALDE, de Muñoz Seca.
193. LA PRIMA FERNANDA, de Manuel y Antonio Machado.
194. LOS AMORES DE LA NATI, de Pilar Millán Astray.
195. DOÑA HERODES, de Antonio Paso.
196. MARGARITA, ARMANDO Y SU PADRE, de Enrique Jardi Poncela.
197. LA DE LOS CLAVELES DOBLES, de Luis de Vargas.
198. LA GUAPA, de J. M. Granada y Téllez Moreno.
199. LA ACADEMIA, de García Alvarez y Muñoz Seca.
200. DI QUE ERES TU, de Antonio Paso y Juan Chacón.
201. MI CASA ES UN INFIERNO, de José Fernández del Villar.
202. LA REINA CASTIZA, de don Ramón del Valle-Inclán.
203. ¡QUE TRABAJE RITA!, de Antonio Estremera y Rafael Garc Valdés.

K-HITO, DIRECTOR

Los mejores escritores humorísticos

Concursos raros. Secciones extrañas.

24 páginas

4 colores

30 céntimos

Contra la neurastenia

Contra la hipocondría

COMPRELO USTED TODOS LOS SABADOS

LA FARSA
está a la venta en la
Librería y Editorial Madrid
Arenal, número 9. - MADRID

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana y los atrasados que le falten para su colección

RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID